MIS DOS PATRIAS

Memorias de un guatemalteco en la Revolución Cubana

MIS DOS PATRIAS

Memorias de un guatemalteco en la Revolución Cubana

Mario Carranza Rivera

Edición: *Tte. cor. Ana Dayamín Montero Díaz*
Diseño de cubierta: *Osvaldo R. López Ravelo*
Diseño de interior y realización: *Osvaldo R. López Ravelo*
Corrección: *Raisa Ravelo Marrero*
Imágenes: *Cortesía del autor*

© Mario Carranza Rivera, 2023
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2023

ISBN: 978-959-224-730-1

Nota: El contenido de la presente obra fue valorado por la Oficina del Historiador de las FAR.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en ningún soporte sin la autorización por escrito de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida de Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10600
Plaza de la Revolución, La Habana
volivo@unicom.co.cu
www.verdeolivo.co.cu

A mis entrañables padres y hermanas;
a mis hijos; a mi madre adoptiva cubana.
A los inolvidables compañeros de lucha
y, en particular, a los caídos
heroicamente en los combates.
A Fidel, Raúl y al Che por sus enseñanzas,
recuerdos y ejemplo imborrables.

PRÓLOGO

Lealtad y abrazo a cuántos hacen bien

Mi primer encuentro con Mario Augusto Carranza Rivera, Guatemala, se produjo de manera casi fortuita. Me encontraba inmerso en una investigación para un libro biográfico sobre el destacado combatiente Ramón Paz Borroto, ocasión en que un testimoniante —el coronel de la reserva Ángel Joel Chaveco Hernández— me remitió hacia Mario para precisar datos y referencias puntuales porque, según me dijo con palabras muy propias: Guatemala era "memorión", en alusión a su virtud de recordar hechos con significativa precisión.

La persistencia por contactar con Mario no cesó. Ante cada intento la respuesta era que él se encontraba en su tierra natal y había postergado, reiteradamente, su regreso a Cuba. Aguardé con paciencia hasta coincidir con él.

Me había formado la imagen de un latinoamericano de piel tostada por el sol, de perfil aindiado, alto, algo fornido, extrovertido, con acento inequívoco de su origen.

Resultó lo contrario. Mario era menudo, tímido en la expresión, su tono de voz no alcanzaba al de su

interlocutor, y trataba de evadir su presencia en cuanto relataba. Más allá de los propósitos iniciales que me condujeron hacia él descubrí cuánto atesoraba, en vivencias y recuerdos, aquella pequeña figura que medía palabras para evitar una opinión que no se ajustara a la verdad o revelara alguna indiscreción.

No resultó fácil diferenciar entre el léxico del cubano común y el de Mario, porque las más de siete décadas de permanencia en nuestra Isla habían acuñado su expresión y moldeado su idiosincrasia. En Cuba nadie fácilmente podría descubrir su origen latinoamericano y, a la inversa, en Guatemala tampoco lo identificarían como un nativo.

Los primeros contactos con Mario promovieron nuevos y enriquecedores encuentros. Conocí cuánto se resumía en una vida nacida de la humildad, la valía de la voluntad y el compromiso que dignifica y hace crecer al hombre. Confirmé, una vez más, que la grandeza no estaba en la dimensión física, sino en los valores cualitativos cultivados.

Así nacieron estas memorias. No resultó fácil persuadirlo a que las escribiera a partir de su testimonio. Desestimaba el alcance de sus vivencias.

La narrativa de Mario revela una vida nacida desde lo más humilde, forjada con espíritu solidario y de compromiso con Cuba, como tempranamente escribiera René Ramos Latour, Daniel, en notas manuscritas al líder histórico de la Revolución Cubana en los días en que Guatemala marchaba resuelto hacia la Sierra Maestra como integrante del tercer refuerzo que se incorporaría a la Columna 1 del Ejército Rebelde al mando de Fidel.

La historia de vida de Mario suma datos a la historiografía cubana de la última etapa de lucha, aporta hechos inéditos cercanos al Comandante en Jefe de la Revolución Cubana, a Raúl y al Ché.

En el texto afloran la acción picaresca, la sicología del combatiente y el humor característico de los cubanos, incluso en las condiciones más difíciles y las situaciones más tensas.

Una beca lo había traído a Cuba en el año 1949 después de escuchar por primera vez el nombre de nuestro Héroe Nacional.

Ha sido un consecuente martiano. En Cuba, en sus años de estudiante, escribió y publicó un artículo sobre José Martí. Tempranamente pensó y decidió de qué lado estaba su deber. En los días en que se aprestaba a subir su primer escalón revolucionario talló en la cabecera de su cama de madera la divisa martiana de la poesía Abdala: "El amor, madre, a la patria..., es el odio invencible a quien la oprime..."

Cuando inició sus estudios en Cuba, en Ceiba del Agua, bajo un régimen militar, y cursaba el primer año, en 1949, se negó a jurar la bandera cubana por los términos del contenido del juramento y porque sentía que debía ser consecuente con su nacionalidad, sin dejar de ofrecer cariño, amor y compromiso por nuestra insignia nacional; sintió rechazo del instructor que le exigía la obligatoriedad de aquel acto. Una década después, aquel instructor vio con asombro y efusividad al curtido oficial rebelde que arriesgó su vida en los combates en defensa de la bandera y la libertad plena de Cuba.

Mario participó en los principales combates y batallas libradas por la Columna 1 al mando de Fidel, desde principios de diciembre de 1957 hasta los días cercanos de la expulsión definitiva del ejército de la dictadura del territorio de la Sierra Maestra a principios de agosto de 1958. Luego, con la aprobación del máximo jefe guerrillero, integró el cuerpo auditor en un amplio territorio rebelde hasta el triunfo de la Revolución que también era suya. El abundante testimonio gráfico contenido en esta obra, su hoja de servicios, los reconocimientos recibidos y la militancia política dan fe de un comportamiento indeclinable hasta nuestros días.

Los nombres de sus cuatro hijos rememoran los seudónimos de guerra de Fidel, Celia, Vilma y René Ramos Latour.

Sin herir su proverbial modestia, a él le caben, a la medida, las bellas palabras de Martí en su obra Guatemala: "Cuando nací, la naturaleza me dijo: ¡ama! Y mi corazón dijo: ¡agradece!— Y desde entonces, yo amo al bueno y al malo, hago religión de la lealtad, y abrazo a cuantos me hacen bien".

Alberto Alvariño Atiénzar
7 de marzo de 2022

HIJO DE GUATEMALA Y CUBA

Confieso que rechacé, una y otra vez, la idea de narrar estas memorias.

Mucho tiempo después comprendí que mi modesto aporte a la Revolución Cubana no debía ser solo del patrimonio de mi familia, sino también de los compañeros y amigos más cercanos.

Fui el único guatemalteco que participé en la lucha guerrillera en Cuba, pero esa decisión y voluntad fue el resultado de las condiciones en que viví, crecí y me desarrollé. Me siento hijo de Guatemala y Cuba.

Es cierto lo que dedujera y afirmara René Ramos Latour, Daniel, al Comandante Fidel Castro Ruz en los días que solicité incorporarme a la guerra: tenía un deseo extraordinario de participar en la lucha armada y sentía un gran compromiso con Cuba. Aquí me hice hombre, alcancé la profesión soñada y lo más importante: me forjé como revolucionario. Mi más sano orgullo es ser un simple soldado de la Revolución. Esa fue mi aspiración mayor.

Para una vida larga que sobrepasa las ocho décadas y media, numerosos son los recuerdos, la mayoría de ellos narrados en esta obra.

Hoy vienen a la memoria los compañeros con quienes compartí alegrías y tristezas, los caídos en el fragor del combate; de todos ellos aprendí y supe amoldar el carácter y espíritu invariables de los cubanos, aún en los momentos más difíciles.

Pero, en particular, sobresalen recuerdos inolvidables durante la guerra y en los primeros años de la Revolución; por eso reservé, en el capítulo final, el testimonio excepcional de algunos encuentros imborrables que entrañaron agradecimiento, enseñanza y ejemplo personal vinculados a Fidel, Raúl y al Che.

Agradezco a Alberto Alvariño Atiénzar por su invaluable empeño y estímulo para testimoniar estas vivencias personales, y hago extensivo el reconocimiento a Margarita Marrero Ortega, Yaumara Dickinson Montalvo y Osvaldo López Ravelo por la importante conformación del texto, el pliego gráfico y la cubierta de estas entrañables memorias.

NIÑEZ Y ADOLESCENCIA

Raíces imborrables

En Guatemala hay lugares fríos y calurosos. Ahí nací el 4 de noviembre de 1934 en la ciudad de Mazatenango, cabecera del departamento de Suchitepéquez, colindante con el Pacífico, por tanto, un lugar cálido. Ese departamento se ubica no muy lejos de la frontera con México, al lado del departamento de Retalhuleu donde se entrenaron mercenarios que vinieron en la invasión por playa Girón, en abril de 1961.

Mis padres Liberato Carranza Lara y Clara Luz Rivera, ambos nativos de Mazatenango. Mis hermanas: Bernarda, la mayor y la que me sigue Martha Josefina.

Mi infancia transcurrió en la ciudad de Antigua Guatemala, allí fue donde tuve uso de razón; recuerdo las casas en que vivimos y todo lo de esa época se mantienen en mi memoria.

Guatemala sufrió la conquista española en la segunda década del siglo XVI y Don Pedro Alvarado, el conquistador, fundó la capital en Almolonga o Ciudad Vieja, en las laderas del volcán de Agua; la región fue destruida por un vendaval de agua que bajó de esa

montaña, por ello la capital fue trasladada a la Antigua Guatemala, pero sufrió la misma desgracia, también arrasada por el terremoto de Santa Marta en 1776 y trasladada definitivamente a su ubicación actual.

Entonces una ciudad muy bella quedaba en medio de las ruinas, las grandes iglesias y conventos destruidos, que se conservan como atracción turística; sus calles son empedradas y las casas de dos aguas cubiertas con tejas de barro y un solo nivel, rodeadas por tres volcanes con muchas leyendas y cuentos de amor y misterio. Apenas sin vehículos, nosotros «patojos»,[1] con solo seis o siete años caminábamos por las calles sin necesidad de compañía familiar.

A esa edad cursé el kindergarten o párvulos en una escuela de Hermanas de la Caridad, asilo de la Santa Familia. Allí hice el primer año y tomé la primera comunión, suceso trascendental para un niño de familia católica. Recuerdo con agrado a sor Josefa y a las maestras Blanquita y Graciela, ambas hermanas.

Mis padres me querían mucho, pero no entendían de mentiras, eran muy estrictos.

A penas cursaba el kindergarten, empecé a hacerle rechazo a la escuela, que estaba a siete cuadras de mi casa; en varias ocasiones me escondía detrás de la puerta de la iglesia, solo a dos cuadras de donde vivía, y cuando regresaba le decía a mi mamá que la escuela estaba cerrada o inventaba cualquier otra cosa, pero mi papá se enteró de lo que estaba pasando y en una ocasión me veló, y después de mi cuento

[1] Modismo guatemalteco que quiere decir muchacho, niño.

me dio unos cuantos cintarazos debajo de un naranjal. A partir de entonces la escuela me gustó, aquí hice primer y segundo grados.

Tampoco era muy obediente, le tenía terror a la oscuridad, y cuando me portaba muy mal me sacaban tres o cuatro minutos al patio y cerraban la puerta.

Ya el tercer grado los realicé en el Instituto de Varones. El dictador de turno, general Jorge Ubico —más bandido que los españoles conquistadores— había dispuesto que los niños debían asistir a la escuela con uniforme militar y botones dorados relucientes; aún recuerdo a mi papá sacándole brillo a aquellos botones y a mi mamá lustrando mis zapatos.

En junio de 1944, en la capital se produjeron protestas del magisterio y los estudiantes; el dictador, después de catorce años en el poder, dejó el cargo en manos de otro bandido: Federico Ponce Vaides, quien solo duró cinco meses y fue derrocado por un levantamiento cívico-militar el 20 de octubre, conocido como la Revolución de Octubre de 1944, que tuvo entre sus dirigentes más puros a Jacobo Arbenz Guzmán.[2]

Mi papá tenía un trabajo de cierta importancia: secretario de la Mayoría de Plaza, el órgano militar de la ciudad, pero quedó cesante y tuvimos que abandonar la Antigua. En esta inolvidable ciudad padecí

[2] Jacobo Arbenz Guzmán: (Guatemala, 1913-1971). Militar y político guatemalteco de origen suizo, ministro de la Defensa Nacional (1944-1951) y presidente de Guatemala (1951-1954). Durante su presidencia intentó realizar una Reforma Agraria. Fue derrocado por un golpe de Estado del gobierno estadounidense, a través de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés).

el inefable sentimiento del amor. A las niñas de mis amores nunca les dije nada.

Volvimos a Mazatenango y vivimos en una de las propiedades de mi abuela materna. A los pocos meses, a mi papá le ofrecieron trabajo en la Guardia de Hacienda como segundo jefe de ese órgano en el departamento de Sololá, una ciudad pequeña al lado de un lago muy precioso rodeado por tres volcanes y doce pueblos indígenas, cada uno de ellos con sus vestimentas y dialectos particulares. Allí comencé el cuarto grado.

Mazatenango volvía a aclamarnos, mi papá fue trasladado con igual cargo. Allí concluí el cuarto y quinto grados. A los diez años surgieron mis primeras inquietudes políticas en la distribución de propaganda para la campaña del Dr. Juan José Arévalo[3], aspirante a la presidencia del país. Tanto Arévalo como Arbenz llegaron a ser presidentes de Guatemala. No imaginé que catorce y quince años después yo estaría al lado de ellos como oficial acompañante durante sus visitas a Cuba.

En el transcurso del cuarto grado, el presidente Arévalo determinó una sola sesión lectiva y suprimió el detestable uniforme militar. Mi mamá no estaba de acuerdo con una sesión de clases y decidió que también aprendiera un oficio. Tenía entonces diez años y cada vez que me buscaba un trabajo, yo le encontraba algo perjudicial. Finalmente me pusieron en la

[3] Juan José Arévalo Bermejo: educador y político guatemalteco, presidente de Guatemala desde 1945 hasta 1951.

sastrería de don Ramiro y don Tencho, donde llegué a ganar diez centavos semanales, los que dividía a la mitad, porque cinco eran para ayudar en la casa.

Aquello contribuyó mucho a mi formación y quehacer para coser o planchar mi ropa, cuando estuve solo. Nunca olvidaré aquella tarde en la sastrería, me comunican una triste noticia: mi abuela había fallecido, resultó un duro golpe.

En 1946 ocurre la separación de mis padres; mis hermanitas quedaron con mi mamá y yo al abrigo de mi papá, a quien en el 1947 lo trasladaron para la segunda ciudad de Guatemala, Quezaltenango, situada en la altura y por ende el clima frío, pero también muy bella.

A la edad de 12 años matriculé en el Instituto Industrial para Varones de Occidente, cursé el sexto grado, último de la primaria. En dicho instituto se convocó a un concurso escrito sobre la Revolución del 20 de Octubre, gané y aún guardo el diploma; más contento que yo estuvo don Wicho, mi maestro. Proseguí en ese centro, pero como becario; cursé el primer y segundo años en las asignaturas correspondientes al bachillerato, y en el taller de sastrería de este mismo centro hacía las prácticas.

A pesar de mi baja estatura integré el equipo de basquetbol y el de futbol. Los becarios internos no éramos muchos, pero existía una gran compenetración y hacíamos travesuras de día y noche, propias de la edad.

Recién llegado a esta ciudad, en el 1947, sufría mucho por la lejanía de mi mamá; a veces me iba a algún

lado a llorar y una vez me llegué a la agencia de ómnibus —como había hecho otras veces—, vi su nombre en la lista de pasajeros que arribaban y resultó de gran alegría el encuentro.

Debido a que mis padres seguían separados, ella me pidió no decir nada a mi papá, pues su llegada obedecía a su interés de buscar una vivienda en la ciudad para que mi hermana mayor pudiera continuar sus estudios.

Después de lograr el alquiler, cada vez que subía de la escuela me pasaba un rato con ellas. Como a los cinco meses mi papá me dijo, muy contento, que me iba dar una gran sorpresa, salimos caminando y por el camino me di cuenta cual era la «gran sorpresa», tocó la puerta y abrió mi mamá; me hice el sorprendido y alegrísimo me lancé a sus brazos; ella en lugar de seguir la simulación empezó a reírse, pero todo fue bien. Mi papá sería muchas veces visita, huésped, pero había concordia familiar.

Ya en el 1948, a mi papá lo trasladaron en iguales condiciones hacia San Cristóbal Frontera, lugar de entrada y salida a la República de El Salvador; nos comunicábamos, con frecuencia, a través de correspondencia.

El 16 de agosto del 49 otro gran dolor, me informaron de su fallecimiento. Lo lloré mucho, estábamos muy compenetrados y nos queríamos extraordinariamente. En mí quedó un gran vacío.

Un día de septiembre de ese año supimos que se pondrían a oposición dos becas para cursar estudios en Cuba; yo realmente no había oído casi nada de

aquel país. Se produjo la visita del secretario del presidente Arévalo, nombrado Juan José Orozco Posadas y, a petición nuestra, nos habló de Cuba y su historia. Por primera vez conocí de Martí, sin imaginar que un día escribiría sobre él y me inculcaría mucho del amor que sentiría por un pueblo del que antes no conocía nada. Participé en las pruebas de la convocatoria, basadas en conocimientos lectivos, Historia, Aritmética y Español, además de la prueba psicométrica. A los pocos días nos informaron los dos de mejores resultados, fui uno de ellos. Salimos para la ciudad capital y en el Ministerio de Educación nos habilitaron de ropa nueva.

Se nos ocurrió dirigirnos al presidente Arévalo, porque no teníamos dinero, nos mandó a buscar, fuimos recibidos personalmente por él, y nos entregó cien dólares a cada uno. Tenía entonces 14 años.

Viaje con escala

Al llegar al aeropuerto de Rancho Boyeros nos trasladaron hacia el Instituto de Ceiba del Agua.[4] En el vestíbulo nos esperaban dos estudiantes como parte de la comitiva de recepción: Arnold Rodríguez Camps y Miguelito Beltrán; ambos fueron mis primeros amigos en Cuba, principalmente Arnold, quien cursaba el último año y, a la postre, fue un destacado combatiente

[4] Instituto Cívico Militar de Ceiba del Agua. Organismo filial del Consejo Corporativo de Educación, Sanidad y Beneficencia, fundado por Fulgencio Batista en 1938. Desde 1964 radica allí la Escuela Interarmas de las FAR General Antonio Maceo.

revolucionario, que además participó en el secuestro de Fangio.

La escuela, con sus seis grandes y sólidos edificios, se mostraba imponente; cada uno de cuatro amplios salones con una capacidad para 50 camas y baños. En total cada edificio albergaba 200 estudiantes y totalizaban 1200: 600 varones e igual número de hembras.

Ese centro tenía un régimen disciplinario fuerte que prohibía establecer conversaciones entre los estudiantes de ambos sexos y delimitaba el desplazamiento para ambos. Había que marchar hasta para efectuar comida.

Esas normas cambiaron con el nombramiento de un nuevo Ministro de Educación, pero después del golpe de Estado de Fulgencio Batista, el 10 de marzo de 1952, empeoró nuevamente el régimen interno de la escuela.

Había una tradición: en ocasión de celebrarse una fiesta nacional se desfilaba en bloque con las banderas de todos los países de América. Todos los años, cuando comenzaba un nuevo curso se realizaba una ceremonia ante la glorieta ubicada al frente del edificio central, la cual consistía en rendir honor a la bandera cubana.

El contenido del juramento no era ético para un estudiante extranjero: «…Esta es mi bandera, la única que yo defiendo…». Por esa razón no estuve de acuerdo a jurar la insignia nacional cubana en esos términos, por mi procedencia guatemalteca. Expresé mi criterio al instructor del batallón.

Me impusieron que tenía que jurar; me negué y me llevaron ante el director de la escuela —de apellido Bofill— y este concluyó que yo tenía razón en mis argumentos.

A partir de entonces, el instructor me llevó recio, me hablaba con imposición, de quien me gané su indisposición y mala voluntad.

Para mí era una actitud de principios, los otros extranjeros, —cuatro— juraron en los términos establecidos para no buscarse problemas. Tendría entonces unos catorce o quince años. Mi carácter se tornaba rebelde.

El otro compañero llegado conmigo a Cuba, Ángel Edilberto Palma finalmente solicitó la baja en el primer año por problemas familiares. Hemos tenido una relación perdurable y con él mantengo muy buena amistad.

En mi caso, al principio me costó trabajo acostumbrarme al rigor establecido. Era introvertido, una persona más bien hermética. Las bromas de los cubanos eran distintas a las que acostumbraba en mi tierra natal.

Al terminar el primer año fui de vacaciones a mi país. Aunque yo me llevaba bien con los muchachos de la escuela, el carácter jodedor de los cubanos —siempre bonchando— me golpeaba, y sentía un poco de nostalgia por mi mamá. También decidí regresar a Guatemala.

Una noticia inesperada me esperaba: mi mamá había fallecido hacía cuatro meses, el dolor fue intenso, la quería mucho; en mi soledad pensaba siempre en ella,

ansiaba verla y soñaba cuando volviera a verla y abrazarla. Lloré mucho. Regañé a mis hermanas y me contaron que ella les había pedido y hecho jurar que si moría no me dijeran nada para que yo culminara los estudios.

La última vez que la había visto fue durante las vacaciones. Decidí volver a Cuba y continuar los estudios, llevado por el compromiso moral con mi madre.

Retorno definitivo

Regresé a La Habana, me sometí a exámenes en varias asignaturas y obtuve buenas notas; en lugar de tres años tuve que hacerlo en cuatro y concluí con diploma sobresaliente.

Me gradué como técnico en Motores de combustión interna y proseguí los estudios en Cuba, en la Escuela Superior de Artes y Oficios de La Habana, donde matriculé el último año de técnico de Mecánica automovilística, debido a que me convalidaron las asignaturas de años anteriores.

En ese tránsito, por una iniciativa nuestra, junto a tres costarricenses, el Ministerio de Educación nos autorizó a comer en la Casa de Beneficencia[5] en el comedor de los profesores.

Al mismo tiempo, en una escuela nocturna cercana, situada en San Lázaro, entre Belascoaín y Gervasio, matriculé inglés, taquigrafía y mecanografía. Allí es-

[5] Casa de Beneficencia y Maternidad: Entidad que brindaba asilo a niños sin amparo filial durante el período de la Cuba republicana. Por diversas causas, la madre imposibilitada de ocuparse de la atención y educación del hijo, podía entregarlo a aquel establecimiento sin tener que revelar su identidad.

cribí un artículo sobre Martí que titulé: «Martí en el corazón del pueblo de Guatemala», que gustó mucho y la escuela me entregó una bandera cubana muy linda para que la llevara a Guatemala y la depositara en el Instituto en el que había recibido la beca.

En el año 1954 me gradué y recibí el título en la Escuela Superior de Artes y Oficios.

La Tía fue también mi madre

Seguía corriendo el año 1954; en unos carnavales de La Habana conocí a una señora y a sus dos hijas, una de 14 y otra de unos dieciséis; era una mujer muy dulce, al igual que ellas. Al saber que era huérfano de madre y padre me acogió como a su hijo varón y por supuesto las muchachitas como un hermano.

Ella se llamaba Ángela Montes de Oca,[6] muy conocida por los revolucionarios en la lucha clandestina como la tía Angelita. Era de Santiago de Cuba y la ocasión en que la conocí había venido a la casa de una amiga, costurera también, a pasarse unos días.

Fui a Santiago de Cuba para saber si con los títulos alcanzados podía ingresar en la universidad de esa ciudad. Me respondieron que me admitirían en la carrera de Ingeniería Mecánica.

En 1955 me gradué de delineante profesional de Mecánica en la Escuela Superior de Artes y Oficios, título

[6] Gloria de los Ángeles Montes de Oca Santana, la Tía, 1995. Legendaria combatiente clandestina en Santiago de Cuba. Después del triunfo de la Revolución cumplió importantes tareas en las FAR, particularmente en el Instituto Técnico Militar José Martí. Falleció en 1955.

que me posibilitaba, también el ingreso en la Universidad de La Habana.

Había una institución que dirigía los politécnicos del país, de la que recibo una comunicación, en la que me proponían una beca en la base aérea de San Julián[7] —en el extremo occidental de la Isla— para estudiar técnico de Aviación, en reconocimiento a las notas con las que había terminado mis estudios en Ceiba del Agua.

En San Julián no éramos cadetes precisamente, pero tenía sus características militares. Como constituíamos la primera promoción y teníamos experiencia de ese régimen, logramos cierta flexibilidad, a la vez que vulnerábamos algunas normas establecidas.

Los profesores eran cubanos y norteamericanos. Entonces me gradué como técnico de aviación en la especialidad de Mecánica. Los pases hacia La Habana eran muy esporádicos, salíamos en un avión que aterrizaba en la base militar de Columbia, en La Habana y desde ahí retornábamos a San Julián, al concluir el permiso de franco.

[7] La base aérea de San Julián, conjuntamente con la de San Antonio de los Baños, fue establecida en 1942 mediante un convenio militar entre los gobiernos de Estados Unidos y Cuba a raíz de la Segunda Guerra Mundial.

EL DESEO DE SERVIR A CUBA

El primer escalón de revolucionario

En uno de los viajes de San Julián a La Habana leí una revista Bohemia en la que relataba los sucesos del 30 de noviembre de 1956 en Santiago de Cuba; vi las fotos de Pepito Tey, Otto Parellada y Tony Alomá muertos en las acciones de ese día. Me despertaron los deseos de participar en la guerra. Esa fue mi primera motivación, aunque antes simpatizaba con los acontecimientos del 26 de julio de 1953.

En las vacaciones del último año de estudio, en 1957, traté de hacer contacto con el Movimiento 26 de Julio en Santiago de Cuba. Yo iba siempre hacia la casa de Angelita, y la única persona que me había encontrado y tenía contacto con el Movimiento era Luis Calvo Montes de Oca, Wicho, sobrino de Angelita. Nunca llegué a confesarle mi intención.

Al concluir el curso en San Julián nos plantearon a cinco egresados reparar unos motores de petróleo y nos quedamos ahí a trabajar. Después nos propusieron laborar en las refinerías Shell y Texaco, radicadas en La Habana y Santiago de Cuba, respectivamente. De esa forma comencé entonces como ayudante de ingeniero

en junio de 1957 en la refinería Shell, junto a otros dos compañeros.

En una oportunidad, bajo lluvia y granizos, cayeron dos rayos e incendiaron igual número de tanques. La actitud asumida por nosotros ante el peligro nos valió el reconocimiento y consolidó nuestro trabajo.

En septiembre de 1957 fui a Santiago y llegué a la casa de la tía Angelita. En la mesa del comedor me encontré con un joven mulato en camiseta; se llamaba Miguel Ángel Manals[8] —Maikel, le decían—, era uno de los heridos en el combate del Uvero, en la Sierra Maestra, quien trataba de reponerse. Angelita me confió la incorporación de ella al Movimiento clandestino, al igual que las muchachitas.

Me sentí muy admirado por esa actitud, pero en realidad esa no fue la causa primaria de mi decisión; desde antes había decidido irme para la Sierra Maestra y participar en la guerra.

Inmediatamente me acerqué a Manals y le confié que yo tenía interés de incorporarme a la Revolución. Me respondió: «Bueno, mira, mañana viene Daniel».[9]

---

[8] Miguel Ángel Manals Rodríguez: (Santiago de Cuba, 1937- 2013). Fundador de la Columna No. 1 al mando del Comandante en Jefe Fidel Castro; resultó herido en el combate del Uvero. Más tarde integró la Columna No. 9 José Tey y finalmente la Columna No. 8 Ciro Redondo, comandada por el Che.

[9] René Ramos Latour, Daniel. (Antilla, 1932-1958). Combatiente de la lucha clandestina y del Ejército Rebelde, que alcanzó el grado de comandante. Al caer Frank País el 30 de julio de 1957, lo sustituyó y coincidentemente, falleció en la misma fecha de 1958, en el combate de El Jobal, Sierra Maestra.

—que era el máximo dirigente del Movimiento 26 de Julio en Santiago de Cuba—, quien había sustituido a Frank País después de su asesinato.

Al otro día, domingo 30 de septiembre, llegó Daniel. Lo abordé y mi mamá —la Tía— me presentó como si fuera su hijo; le dijo más o menos quién era yo. La actitud de Daniel fue bastante receptiva y me preguntó si quería quedarme en la clandestinidad o subir a la Sierra. Fui directo por la última opción.

En esa oportunidad él me explicó que se iba a realizar una salida, pero no había seguridad si fuera a ser inmediata, porque algunos muchachos habían realizado acciones «por la libre», sin estar coordinado con la dirección del Movimiento y el ejército estaba custodiando constantemente las carreteras. Me aconsejó que era mejor regresar a La Habana y él me avisaría.

Me preocupé y le pregunté:

«Ven acá, Daniel, ¿no será que la vieja te dijo a ti que no me mandaras?»

Y él me respondió:

«No, no, no, ella no ha hablado conmigo; está un poco triste porque te vayas. Yo te aviso».

Lo insté a un compromiso.

«¿Palabra de caballero que tú me avisas?»

«Sí, palabra de caballero».

Entonces precisé:

«Bueno, mándame un telegrama que diga: “trabajo conseguido, Julián”. Entonces yo sabré que debo retornar».

Regresé a La Habana. En Santiago me entregaron un certificado como constancia de haber padecido

una gripe de moda, que le llamaban «la coreana». Le comenté a Daniel que los extranjeros de la Shell me estaban realizando los trámites para hacerme ciudadano cubano.

Me dijo:

«Que te sigan haciendo lo que quieran y si llega la situación tan extrema, tú le dices que no es de tu interés, pero por ahora que sigan haciéndote los papeles».

Como en efecto, cuando regresé, los ingleses y holandeses me pagaron el abogado y todos los trámites para hacerme ciudadano cubano. Yo iba al trabajo cuando me necesitaban; otras veces no y así transcurrió el tiempo.

A mi regreso a La Habana recuerdo que en la cabecera de la cama de madera grabé, con una cuchilla, un fragmento del poema Abdala de José Martí: El amor, madre, a la patria [...], es el odio invencible a quien la oprime [...]

Nunca hablé con mis compañeros de trabajo sobre mi estancia en Santiago ni mucho menos de mis contactos. Les expliqué que no podía ir a un viaje a Las Villas que me habían propuesto, porque posiblemente no estuviera de regreso a tiempo. Ellos imaginaron algo.

Mi carácter había cambiado, de introvertido en los meses iniciales de la llegada a Cuba era extrovertido, una gente chivadora. Fui asumiendo la idiosincrasia de los cubanos.

Recibí el telegrama de Daniel. De inmediato salí hacia la estación, tomé esa misma noche el tren rumbo a Santiago; por cierto, iba cargado de militares enviados

a reforzar a la gente que combatía contra los guerrilleros en la Sierra. Posiblemente allá nos enfrentaríamos en los combates.

En marcha con el tercer refuerzo

A la llegada a Santiago me encontré con Daniel y fijó mi salida. Fue entonces que me dispuse a escribirle a mi hermana mayor comunicándole mi decisión; otra carta fue para mí hermana chiquita, y creo que le escribí también al agregado militar de la Embajada de Guatemala en Cuba, informándole mi disposición de irme hacia la Sierra Maestra.

Las misivas se las entregué a Daniel para que las enviara a los destinatarios.

Fueron tres cartas, cuyas copias él envió a Fidel en los días que marchaba con el tercer refuerzo.

Años después conocí los comentarios de Daniel que acompañaron a las cartas: refería de mi «extraordinario» deseo de servir a la nación, de la que estaba muy agradecido. Era cierto, nació desde los días de estudio en el Instituto de Ceiba del Agua; allí trabé amistad con muchos estudiantes que me invitaban los fines de semana a sus casas, compartía con ellos y su familia. Conocí y comprendí la idiosincrasia de los cubanos.

Partí hacia la Sierra Maestra el domingo 17 de noviembre de 1957. El día anterior habían detenido un carro en Bayamo, y yo estaba muy preocupado de que nos fueran a detener también. Observé que delante, en el auto en que viajábamos, iba un muchacho con la cara muy tranquila, nadie podría pensar que fuera un revolucionario y aquella ecuanimidad en su rostro

me tranquilizó. En la parte de atrás se sentó conmigo Elsa, la hija de la tía Angelita, y otro compañero que no conocía.

El grupo viajó en varios vehículos, excepto un pequeño número de futuros combatientes que se trasladó por ferrocarril.

En el viaje pasamos varios registros del ejército; llegamos al entronque de la Carretera Central y El Cobre. Explicábamos que nos dirigíamos hacia Palma Soriano. En Palma, hasta el poblado más cercano y así sucesivamente. La razón que argumentábamos era asistir a una boda en Bayamo, pero cuando llegamos a esa ciudad se acercó un soldado, con todas sus granadas y equipamiento, y el muchacho que venía delante se dispuso a salir del auto para abrir el maletero que, como regla, siempre registraban, pero el soldado se anticipó y le dijo: «No, no, no salgas, dame candela» —llevaba un cigarro en la boca.

Yo me dije: «Si a este joven le tiembla la mano, aquí quedamos». Pero el muchacho recostó la mano a la puerta y le encendió el cigarrillo al militar. No hubo trascendencia, salvo el susto.

Resultó que aquel muchacho que lucía tan tranquilo y con carita de ángel, había combatido el 26 de julio de 1953 en el cuartel de Bayamo y era al que Fidel en La Historia me absolverá había denunciado que lo arrastraron junto con el hermano —que murió— pero él logró salvarse. Su nombre era Andrés García Díaz.[10]

[10] Andrés García Díaz: asaltante al cuartel Carlos Manuel de Céspedes de Bayamo y combatiente del Ejército Rebelde.

Llegamos a Canabacoa, situada entre Veguitas y Estrada Palma. Nos bajamos en un sitio de campo; ahí había un rubio, afeitado, recostado a una cerca, quien nos esperaba. Después supe que era el Vaquerito.

Seguidamente nos adentramos en un cayo de monte donde había un grupo concentrado, llegado en días anteriores.

En el lugar conocido por Brazo Chiquito —primer campamento que hicimos— nos cambiamos de ropa, nos entregaron el uniforme, las armas y el resto de los equipos. Aquel grupo constituía el tercer refuerzo enviado desde Santiago de Cuba, integrado por unos veintinueve compañeros.

En composición de pelotón, la vanguardia la encabezó Horacio Rodríguez Hernández,[11] expedicionario del *Granma*; el centro César Lara Roselló,[12] y la retaguardia Ramón Paz Borroto.[13]

El pelotón se lo asignaron al capitán Rafael Castro, campesino de la zona de Santo Domingo – La Jeringa.

---

[11] Horacio Rodríguez Hernández: (Unión de Reyes, 1928–1959). Fue líder sindical, luchador clandestino. Expedicionario del yate Granma. Alcanzó el grado de comandante del Ejército Rebelde. El 2 de enero de 1959 fue herido de muerte por un esbirro de Masferrer.

[12] César Lara Roselló: (¿-2014). Combatiente de la clandestinidad y del Ejército Rebelde en la Columna No. 1 y posteriormente en el Segundo Frente Oriental Frank País. Después del triunfo de la Revolución ocupó diversos cargos en las FAR, en las que alcanzó el grado de general de brigada.

[13] Ramón Paz Borroto: (Ciego de Ávila, 1934-1958). Destacado luchador clandestino y del Ejército Rebelde. Protagonista de numerosas hazañas, se convirtió en uno de los combatientes más completos. Murió heroicamente apenas dos días después de su ascenso a comandante.

A mí me destinaron a la escuadra de retaguardia, compuesta inicialmente por Félix Duque, un muchacho que llamaban Malagán, Andrés García, Manolito Vidal y con posterioridad, en la marcha, se incorporaron Braulio Coroneaux,[14] Orlando Benítez[15] y Orestes Álvarez,[16] conocido por Sabú, quien había combatido antes en el Uvero y bajado por enfermedad, y junto a Orlando Benítez y Curoneaux se habían escapado de la cárcel de Boniato el 30 de noviembre de 1956. Un total de siete u ocho hombres conformábamos la escuadra de retaguardia al mando de Paz.

Después de Brazo Chiquito llegamos a El Cacao. Todos los días nos levantábamos a las 5:30 de la mañana, a las 6:00 comenzábamos a caminar hasta las 6:00 de la tarde, que se elaboraba la comida —tres pedacitos de malanga, sin sal ni manteca— y hacíamos campamento. Acostumbrado a la ciudad, la marcha me golpeaba mucho.

Nos fuimos adentrando, conociéndonos más. Sin ninguna experiencia había escogido unas botas que aparentemente me quedaban bien; a los pocos días eran ampollas por todos lados, y por las mañanas era un martirio cuando las calzaba.

---

[14] Braulio Coroneaux Betancourt: (Guantánamo, 1929-1958). Perteneció al Ejército Constitucional de la República. Combatiente del Ejército Rebelde, participó en numerosas acciones de la Columna No. 1 y alcanzó el grado de capitán. Murió heroicamente en la batalla de Guisa.

[15] Orlando Benítez Segura: (Santiago de Cuba, 1920-2009). Combatiente del Ejército Rebelde.

[16] Orestes Álvarez Calunga, indio Sabú: (Santiago de Cuba, 1937-2015). Combatiente del Ejército Rebelde.

Llegamos a La Jeringa. En la casa de Jacinto Peñate, campesino, y Angelita, su esposa —en el corazón de la Sierra—, escuchamos unos tiros, en la loma y salimos de la casa, nos emboscamos. Curoneaux en esos momentos iba desarmado y por su preparación militar le fue entregada mi arma, la cual después de la de Paz, era la mejor arma, un fusil alemán chiquito, que yo decía que era de la Primera Guerra Mundial, y si no de la Segunda. Luego comprobé, en una visita a un museo, que lo usaban los mambises en el siglo XIX.

Los disparos de aquel día provenían de un lugar que se llamaba Las Nevadas. Sucedió que Camilo Cienfuegos mató al guía de la tropa enemiga; como llevaba poca gente, le tiroteó y se retiró, y el sanguinario Sánchez Mosquera cogió por otro lado. Aquella elevación quedó con el nombre de Loma del muerto.

Nos fuimos y se quedó una cantidad de carne enganchada en unos cordeles de púa. Rafael Castro nos ordenó recogerla porque se iba a perder, Paz me escogió junto con otro compañero y él para regresar. Llegamos al bohío que estaba deshabitado. Con el temor de que el ejército bajara, cargamos la carne y nos unimos al resto del pelotón. Esa noche permanecimos emboscados. El ejército no pasó por donde nos encontrábamos.

Proseguimos, y el día 28, subiendo el pico Palma Mocha, cerca de las cinco de la tarde, en la retaguardia escuchamos un disparo. Había sido Paquito Cabrera González[17] quien, muy agotado, sintió vergüenza

[17] Francisco Cabrera González, Paquito: (Camagüey, 1937-2002). Comba-

porque no podía continuar y trató de suicidarse. Afortunadamente un compañero desvió la dirección del cañón del arma. Rafael Castro llegó, desarmó a Paquito, quiso amarrarlo, a lo que nos opusimos nosotros.

Nunca se lo dije a él, pero su mochila me la eché al hombro y la llevé hacia arriba para aliviar su carga.

Estábamos a punto de alcanzar el objetivo principal de nuestra larga marcha.

El primer encuentro con Fidel

Llegamos a la cima del pico Palma Mocha. Allí aguardaba el máximo jefe rebelde con su destacamento integrado por unas decenas de hombres. Con él vinieron al encuentro Celia, Almeida, los acompañaba un perrito que le decían Rebeldín. Fidel saludó a cada uno y cuando se dirigía al que me seguía —creo que precisamente era Coroneaux— se viró hacia mí y me preguntó:

«¿Tú eres de Santiago?»

«No, yo soy de Guatemala».

«Ah, tú eres Guatemala». Por entonces ya me llamaban por el nombre de mi país, pero ahí se acuñó el seudónimo.

Entonces el Comandante me preguntó:

«Ven acá ¿y por qué tú estás desarmado?»

Le expliqué que el arma mía se la habían dado a Curoneaux, a lo que enseguida le indicó:

---

tiente de la clandestinidad y del Ejército Rebelde. Concluyó la guerra con el grado de capitán. Después del triunfo de la Revolución ocupó diversos cargos en las FAR, en las que alcanzó el grado de general de división.

«No, no, dale el arma a Guatemala, que tú pasas a manejar la ametralladora».

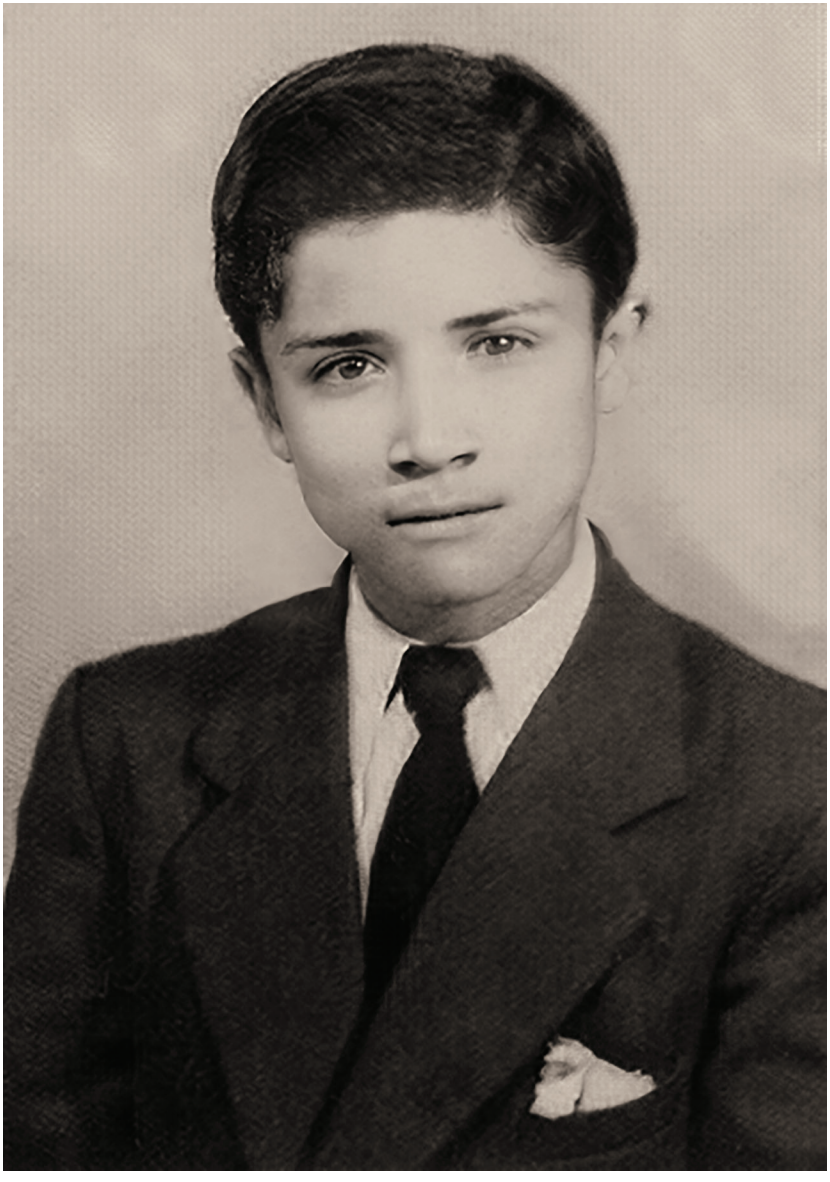
Fidel terminó de saludar a la gente; a cada cual le dispensó palabras. Finalmente ratificó a los tres jefes de escuadras que habían venido: Horacio, Lara y Paz, con Rafael como jefe del pelotón.

Por la noche Paz designó a algunos a que buscaran leña y agua para hacer la comida.

Concluyó la emotiva jornada de ese día y nosotros colgamos las hamacas para el merecido descanso.

TESTIMONIO GRÁFICO

Mapa de Guatemala.



A la llegada a Cuba el domingo 13 de noviembre de 1949.

Durante la visita al Zoológico de La Habana acompañado por Ángel Edilberto Palma, el otro guatemalteco becado.

En La Habana, con el uniforme del Centro Politécnico Superior Ceiba del Agua.

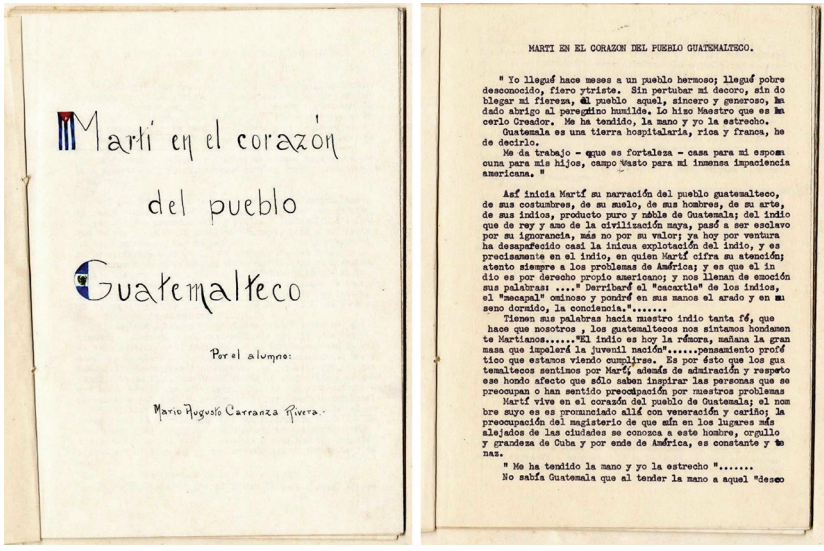
En la primera graduación de julio de 1953.

Angelita Montes de Oca también fue mi mamá.

Año 1954. Nació una relación familiar: Angelita, *la tía* y Mario Carranza.

En la Universidad de La Habana, en 1954, junto a Elsa y Belkis, hijas de Angelita.

Con Elsa y un costarricense en la Fragua Martiana en 1954.



Martí en el corazón del pueblo Guatemalteco

Por el alumno:

Mario Augusto Carranza Rivera.

MARTI EN EL CORAZON DEL PUEBLO GUATEMALTECO.

" Yo llegué hace meses a un pueblo hermoso; llegué pobre desconocido, fiero y triste. Sin perturbar mi decoro, sin doblegar mi fiereza, el pueblo aquel, sincero y generoso, me dado abrigo al peregrino humilde. Lo hice Maestro que es enseñarlo Creador. Me ha tendido, la mano y yo la estrecho.

Guatemala es una tierra hospitalaria, rica y franca, he de decirlo.

Me da trabajo - que es fortaleza - casa para mi esposa cuna para mis hijos, campo vasto para mi inmensa impaciencia americana. "

Así inicia Martí su narración del pueblo guatemalteco, de sus costumbres, de su suelo, de sus hombres, de su arte, de sus indios, producto puro y noble de Guatemala; del indio que de rey y amo de la civilización maya, pasó a ser esclavo por su ignorancia, más no por su valor; ya hoy por ventura ha desaparecido casi la inicua explotación del indio, y es precisamente en el indio, en quien Martí cifra su atención; atento siempre a los problemas de América; y es que el indio es por derecho propio americano; y nos llenan de emoción sus palabras: ...." Derribaré el "cacaxtle" de los indios, el "mecapal" ominoso y pondré en sus manos el arado y en su seno dormido, la conciencia."....

Tienen sus palabras hacia nuestro indio tanta fé, que hace que nosotros , los guatemaltecos nos sintamos hondamente Martianos....."El indio es hoy la rémora, mañana la gran masa que impelerá la juvenil nación".....pensamiento profético que estamos viendo cumplirse. Es por ésto que los guatemaltecos sentimos por Martí, además de admiración y respeto ese hondo afecto que sólo saben inspirar las personas que se preocupan o han sentido preocupación por nuestros problemas

Martí vive en el corazón del pueblo de Guatemala; el nombre suyo es es pronunciado allá con veneración y cariño; la preocupación del magisterio de que aún en los lugares más alejados de las ciudades se conozca a este hombre, orgullo y grandeza de Cuba y por ende de América, es constante y tenaz.

" Me ha tendido la mano y yo la estrecho ".....

No sabía Guatemala que al tender la mano a aquel "deseo

Trabajo premiado sobre la vigencia de las ideas de Martí.

Entrega de una bandera cubana.

A nombre de los graduados de la Escuela Superior de Artes y Oficios de La Habana. Julio 1955.

Graduación de la Escuela de Aeronáutica de San Julián, Pinar del Río.

Domingo 30 de noviembre de 1957, día de ingreso de Guatemala al Movimiento 26 de Julio. (en primer plano a la izquierda René Ramos Latourt, *Daniel*; detrás Mario Carranza.

EN LA FRAGUA DE LA LIBERTAD

El Salto: bautismo de fuego

Al día siguiente del encuentro con Fidel empezamos a romper monte, a hacer un camino nuevo para bajar de Palma Mocha directo a El Plátano, próximo a La Jeringa.

Yo sufría la dolencia de las botas que me tenían como un loco. Estábamos entrando a La Jeringa cuando conocimos que había unos guardias que, si no me equivoco, se desplazaban por la zona de las Vegas. Fidel organizó una emboscada previendo que entraran los guardias a través del río del Cristo, subieran y cayeran por El Naranjo a Santo Domingo, pero los soldados prosiguieron.

El 5 de diciembre los guardias hicieron campamento en El Salto, en una especie de valle rodeado por cerros. Fidel decidió atacarlos el día seis, justo a un año de la sorpresa de Alegría de Pío, pero que esta vez las condiciones estaban a nuestro favor. A Rafael Castro, oriundo de esa zona, el máximo líder le planteó la misión de bajar y tratar de coger algunas armas. Recuerdo que en aquel momento yo usaba una canana blanca tipo «Pancho Villa», que me cruzaba

por el pecho y la espalda, y cuando iba avanzando siento que me tocan por detrás: era Crescencio Pérez[18], enviado por Fidel para decirme que la canana se veía mucho en la oscuridad. Durante un tiempo posterior la utilicé, pero debajo de la camisa.

Comenzó el combate que, para nosotros, fue el bautismo de fuego. Era algo muy impresionante, los proyectiles parecían fuegos artificiales.

En ese enfrentamiento, al hacer el primer disparo me hirieron; un proyectil hizo impacto en una piedra grande, un fragmento me dio en una mano y otro se me enterró en el muslo izquierdo.

Cuando llegamos a Santo Domingo, cojeaba un poco por el fragmento de bala incrustado en el muslo. Fidel me llamó, me vio la mano y me preguntó cómo se había producido la herida. El fragmento de la mano me la había atravesado y no tenía problemas, pero el del muslo sí estaba incrustado. El doctor Martínez Páez[19] no estaba cerca en aquel momento y Ramón Paz puso un cuchillo en el fuego, lo esterilizó y me sacó el plomo.

---

[18] Crescencio Pérez Montano: (Media Luna, 1895-1986). Comandante del Ejército Rebelde. Uno de los jefes del grupo de apoyo organizado por Celia Sánchez Manduley en las montañas, con el objetivo de ayudar a los futuros expedicionarios del yate *Granma*.

[19] Julio Martínez Páez: (Matanzas, 1908-2000). Médico. Combatiente de la clandestinidad y del Ejército Rebelde. Participó en numerosas acciones combativas y fue jefe de los Servicios de Sanidad Militar. Alcanzó el grado de comandante del Ejército Rebelde. Durante más de cuatro décadas dirigió el hospital ortopédico Fructuoso Rodríguez. Por sus aportes a esa especialidad es considerado el Padre de la Ortopedia Cubana.

Después me remitieron a un ranchito donde estuve recluido junto a otros compañeros.

Rumbo a Calicito

Transcurridos unos días, llegó Manolito Vidal y me comunicó:

«Oye, Guatemala, me indicaron que me entregaras tu fusil porque partiremos a una misión». Razoné que, si yo le daba mi fusil, lo perdería.

Respondí:

«¡Qué va!» Entonces me fui. Sucedía que Fidel le había asignado al entonces capitán Raúl Castro Ruz una parte importante de los integrantes de la Columna no.1, mientras él se quedaba con un grupo y el Che con su columna, aunque otros también se sumaban a esa misión. Raúl, con una fuerte agrupación atacaría el cuartel del central Calicito, cercano a Manzanillo.

Partimos el 20 de diciembre de El Salto, caminábamos toda la noche y al otro día nos metíamos en un cayo de monte para que no nos detectaran y asegurar la sorpresa. Lo que comimos en esos cinco días fueron pedacitos de galleta y turrón, porque tampoco se debía cocinar ni cortar ni comer caña de azúcar para no dejar rastros. Pasamos un hambre, creo que la más grande de todas.

El 24 de diciembre era el día fijado para el ataque. Todo el mundo pensaba, desde días antes, en las armas que se capturarían, y, en la víspera, en la comida que suponía la fecha de Nochebuena. Era una mezcla de deseos.

Ese día comenzamos a caminar, cuando sorpresivamente escuchamos disparos y observamos balas trazadoras. Nos dimos cuenta que se trataba de un encuentro con la retaguardia, bajo el mando de Efigenio Ameijeiras.

Raúl, al apreciar que se había perdido el factor sorpresa y estábamos lejos de la Sierra tomó la decisión muy valiente e inteligente, de retirarse. No conocía la fuerza del ejército. El jefe de la agrupación decidió hacer una media luna y se dispuso a defender la posición en caso de que se generalizara el combate.

Recuerdo que Guillermo García andaba en un caballo e íbamos subordinados a él, porque Rafael había sido herido en el combate de El Salto. Ese día, en una noche, prácticamente caminamos en marcha forzada, lo que habíamos recorrido cuatro días antes. Incluso hubo un momento en que alguien se quedó dormido y la columna se dividió. Parece que Raúl se percató de que se había perdido la ruta, vino Lalito y nos dijo hasta «alma mía» por no fijarnos que una gran parte se había desviado, desde nosotros hasta la retaguardia.

El día 25 logramos llegar hasta las cercanías de la Sierra, y por la tarde a la casa de [Felipe Guerra] Guerrita Matos donde comimos arroz con fricasé de carne de res.

El ataque al cuartel de Veguitas

Al regreso de Calicito, Fidel decidió darle cierta autonomía a un grupo de pelotones y designó a los capitanes Rafael Castro, Víctor Mora y Pepín López para que operaran en la zona del central Estrada Palma y Veguitas.

Nos ubicamos en un lugar llamado Providencia. Tiroteábamos el central por la noche, y un día Paz empezó a caminar sin detenerse, y le dije:

«Ven acá, Ramón ¿adónde tú vas?»

«No, vamos a meternos en el central». Y le pregunté: «¿Y con qué contamos nosotros para meternos en el central?», sitio en el que se encontraba el grueso de las tropas de Batista.

Entonces me dijo:

«Bueno, vamos a tirotearlo desde aquí», y empezó a tirar hacia el central, pero mucho más cerca de donde nosotros le disparábamos antes.

Rafael decidió atacar el cuartel de Veguitas el 16 de enero, objetivo que había sido atacado con anterioridad. El día 15 le dieron la misión a Paz de bajar al llano, cortar las líneas telefónicas que comunicaban con el cuartel, decomisar dos o tres camiones y llevarlos para un lugar donde se calculaba iban a bajar unos setenta o más combatientes.

Acampamos en un sembradío de caña. Por la noche salimos, comenzó a llover y cortamos las líneas telefónicas.

Había una fiesta en la casa de un campesino, y Paz me situó en un punto con la orden de que no podía salir nadie de la fiesta porque nos habían visto pasar de noche. Los restantes compañeros llegaron a una finca y decomisaron los camiones. Al final recogimos a la gente para atacar el cuartel.

Toda la actividad la dirigía Rafael Castro, seguido de Víctor Mora y Pepín López. En aquel momento, la vanguardia del pelotón la dirigía Francisco Cabrera

Pupo; el centro Osvaldo Herrera y Paz continuaba encabezando la retaguardia.

A este último le dieron la tarea de esperar el refuerzo procedente de Manzanillo; a Osvaldo el de Bayamo y a Paco Cabrera el que podría venir del central Estrada Palma.

Nosotros empezamos a caminar, atravesamos una ciénaga con el agua al cuello. Llevábamos cócteles molotov y cuando llegamos a la carretera que venía de Manzanillo nos quitamos la ropa y la exprimimos. Cuando escuchamos el inicio del ataque al cuartel se produjo el correcorre para vestirnos. Al finalizar el combate, Paz dio la orden de retirarse y yo me quedé cerca de él, junto a Manolito Vidal. En la retirada, Paz observó una luz que venía por la carretera, supuso que era el refuerzo y ordenó:

«Viene el refuerzo, hay que regresar», y los que viramos fuimos nosotros tres, porque los otros no escucharon. Manolito y yo nos apostamos detrás de una cerca en la oscuridad y Paz salió a la carretera en una acción arrestada; con el fusil le hizo señas al camión para que se detuviera, pero el chofer no lo vio y no se detuvo. Paz disparó al farol, no al chofer. Yo, detrás de un árbol sí le tiré al chofer, porque estimé que eran guardias, y le hice tres disparos.¡Ninguno de los proyectiles salió de la recámara del fusil! Expliqué luego a Fidel que las balas no salían, él y yo las probamos en La Jeringa, en la casa de Jacinto Peñate, y me las cambió todas. Estaban podridas.

Pero bueno, el chofer salió del camión y dijo: «Coño, compadre, ¿qué pasa?»

Paz, sin responder, preguntó:

«¿Quién tiene un fósforo ahí?» El chofer le dijo:

«Yo tengo fósforo», y lo encendió.

Paz volvió a preguntar:

«¿Quién tiene coctel molotov?»

Yo sabía que los cocteles molotov estaban todos mojados, pero le respondí: «Yo tengo», y le dice el tipo: «¿Qué tú vas a hacer?»

Paz respondió: «Quemarte el camión, chico».

«No me hagas esa mierda, compadre». Entonces, el negrito que venía con el chofer refirió:

«No, él es del 26 de Julio», y no sé qué cosa. Paz y el chofer acordaron atravesar el camión y, efectivamente, viró el camión y le quitó la parte del distribuidor del delco para inutilizarlo y que no pasara el refuerzo.

Nosotros nos fuimos. Tiempo después, al escuchar el relato de un combatiente del pelotón de Suñol, supe que era el chofer que posteriormente se había alzado: Pedro García Peláez.[20] En aquel momento no imaginaba que alcanzaría el grado de general de división.

Rafael Castro cometió la tontería de levantar la emboscada que dirigía Paco Cabrera, dispuesta para el rechazo del refuerzo proveniente de Estrada Palma. En la retirada, el camión en el que yo venía chocó con el ejército que se desplegaba hacia Veguitas, se formó el tiroteo y todo el grupo del camión se lanzó fuera,

[20] Pedro García Peláez: (Cienfuegos, 1928-2021). Combatiente de la clandestinidad y del Ejército Rebelde. Perteneció a la Columna No. 1 al mando del Comandante en Jefe. Al triunfo de la Revolución desempeñó diversas responsabilidades en las FAR, en las que alcanzó el grado de general de división.

disparando también; atravesé una cerca de púas y nos retiramos en dirección a las montañas.

Me acuerdo de un combatiente flaquito, todo peludo, medio mulato, que estaba durmiendo, era Aeropagito Montero, que fue artillero de morteros después. Nos hicimos grandes amigos y trabajamos años después en una empresa militar.

Nos desplazamos desde Brazo Chiquito al Cacao, Santo Domingo hasta La Jeringa. Allí Fidel decidió hacerles un juicio a los capitanes Rafael Castro, Víctor Mora y Pepín López. A tales efectos fue nombrado un oficial investigador, el entonces capitán Efigenio Ameijeiras Delgado, quien presentó un informe detallado sobre los hechos y en base a ello se efectuó el juicio con el correspondiente fallo del tribunal que juzgó a los implicados directos por las indisciplinas cometidas, en particular realizar acciones sin la aprobación del mando superior. Víctor Mora y Pepín López quedaron presos, y a Rafael Castro lo condenaron a la pena capital. Pero este último era un «cacique» en aquella zona y los campesinos influyeron con Fidel y, en resumidas cuentas, quedó preso en El Plátano.

A Francisco Paco Cabrera, quien había sido oficial del Che y era jefe de la escuadra de la vanguardia lo nombraron jefe de nuestro pelotón y a Rafael Reyes —un hombre muy servicial— jefe de la escuadra de la vanguardia.

El segundo ataque a Pino del Agua

A mí se me infectó un grano y me quedé en la casa de Jacinto Peñate, en La Jeringa. Es allí donde conocí

al Che cuando llegó a ver a Fidel para la coordinación del segundo ataque a Pino del Agua.

Por los relatos de Paco, quien había formado parte de la columna del Che, conocía que este había tenido entre sus propósitos luchar por Guatemala cuando se produjo la caída de Arbenz y la intervención de la CIA, (Agencia Central de Inteligencia, por sus siglas en inglés). Por esto y por todos los relatos sobre él, yo tenía muchos deseos de conocerlo e imaginaba que cuando coincidiéramos él se sentiría contento de conocerme y me abrazaría.

El Che llegó junto con Valentín Ladrón de Guevara, su escolta en ese momento; yo me encontraba sentado en un taburete y al lado había otro vacío; él se sentó allí, cuando Angelita la esposa de Jacinto vino a saludarlo, le dijo:

«Che, mire, él es de Guatemala» y me dije: «Aquí viene el abrazo»; a diferencia él se viró serio inmediatamente hacia mí y me clavó su mirada. No se me olvida, el centro de los ojos negros, una mirada penetrante que pretendía conocer quién era y, como si estuviera muy bravo, me espetó:

«Tú eres de Arbenz o de Castillo Armas?».[21]

Me dije: «Se jodió el abrazo». Solo pude decirle: «Coño Comandante», para mí la pregunta estaba de más y entonces él, ya relajado, dijo:

«No, de todo hay, de todo hay» y empezó a reírse. Era una más de sus bromas y después me hizo algunas

[21] Jacobo Arbenz: gobernante revolucionario guatemalteco, y Castillo Armas, coronel agente de la CIA, guatemalteco contrarrevolucionario.

preguntas personales. Con el transcurso del tiempo sentiría cierto aprecio en su trato hacia mí.

Esa misma mañana Angelita le dijo:

«Comandante, voy a hacer un pollito para usted», y él le contestó:

«¿Pero hay para todos?».

Ella dudó y él agregó:

«Si no dame lo de todo el mundo».

No sé cómo, pero apareció pollo para todos los que estábamos allí, aunque éramos pocos y el pollo también escaso, pero era pollo.

Finalmente no hubo abrazo pero si me quedó una gran satisfacción, admiración y afecto por el Che, sentimientos que se acrecentarían con el tiempo.

Recuperado de la infección me incorporé a mi pelotón, pues saldríamos de campaña en breve, iniciamos la marcha subiendo una loma muy alta y en el firme se encontraba la descrita Loma del Muerto; pasamos la noche en ese firme conocido como La Nevada por el frío que hace; posteriormente bajamos al Guayabo, donde confluyen dos ríos grandes; allí hicimos campamento y continuamos hacia El Zorzal y permanecimos unos días. Tanto allí como en La Jeringa me ponía a ver jugar ajedrez al capitán Raúl Castro Ruz con Calixto García, nunca se me dio la oportunidad de hablar con Raúl, algo que ahora me pesa.

Iniciamos la marcha, y el 15 de febrero llegamos a un lugar donde se veía el cuartel de Pino del Agua. A nosotros nos plantearon la misión de emboscar el refuerzo que vendría previsiblemente del cuartel ubicado en Oro de Guisa.

El combate empezó de madrugada, y al amanecer vimos que venía un refuerzo o destacamento a pie, integrado por unos catorce hombres. Nosotros estábamos en una loma con Paco; mientras Paz y Duque se apostaron en el camino. Éramos los primeros que nos íbamos a enfrentar, pero observamos que era poca gente.

Se esperaba un refuerzo mucho más numeroso y se designaron tres pelotones para el desafío, uno dirigido por el capitán Delio Gómez Ochoa,[22] el nuestro por el capitán Francisco Cabrera Pupo y otro por el teniente Mendoza. Delio los dejó pasar, pero vimos que no venían más y no había que esperar por más fuerzas.

Paco dio la orden de abrir fuego y le disparamos a aquella gente. Venían dos tenientes, uno de ellos cae herido, al otro Paz lo tomó prisionero, nombrado Evelio Laferté;[23] hubo dos muertos y el resto salió corriendo.

Cuando perseguíamos a los que huían, llegué a un claro cerca de un arroyo y vi una canana con una pistola tirada.

«Lo primero que pensé es que era una trampa para dispararle al que intentara recoger la pistola», pero de pronto escuché la bulla de la gente que venía detrás de mí, y dije:

---

[22] Delio Gómez Ochoa: (Holguín, 1929). Combatiente de la clandestinidad y del Ejército Rebelde. Segundo jefe de la Columna No. 1. Jefe del Cuarto Frente Simón Bolívar. Comandante del Ejército Rebelde.

[23] Evelio Laferté Pérez: (1931). Teniente del Ejército de Batista que después del combate de Pino del Agua II se incorporó al Ejército Rebelde. Llegó a dirigir la Escuela de Reclutas de Minas de Frío en 1958.

«Pa' la mie…, esta pistola la cojo yo».

Mentira, el tipo se había quitado la pistola para aligerar el peso y correr mejor. Esa arma la conservo como recuerdo de guerra, con licencia y todo, una Cold-45. Paco Cabrera me la pidió muchas veces, y una vez Celia me mandó una notica diciéndome que Fidel le había dado una misión al Vaquerito y hacía falta que se la prestara. Se la entregué y después él estuvo localizándome bastante hasta que al fin me encontró, porque Celia le había dicho que esa pistola me la tenía que devolver. Paz cogió la otra y se la devolvió a Laferté con una nota, luego de incorporado a nuestras filas rebeldes.

Permanecimos emboscados los días 16 y 17 hasta que se dio la orden de retirada hacia un lugar cercano a Pata de la Mesa donde estuvimos unos veinte días.

Allí, Fidel decidió abrir el Segundo y Tercer frentes y ascendió a comandantes a Raúl y a Almeida respectivamente; fueron los otros dos con ese grado militar después del Che. El día primero de marzo partieron las dos nuevas columnas.

El ataque al cuartel de Estrada Palma

Cuando salimos de Pata de la Mesa llegamos a Santo Domingo y participamos en el ataque al central Estrada Palma, donde había una fuerza bastante grande. Fidel, en apoyo a las columnas que se desplazaban para abrir los nuevos frentes, decidió atacarlo y dirigió personalmente el combate.

Debido a que habíamos alcanzado buenos resultados en la emboscada de Pino del Agua, nos asignaron

la misión de esperar el refuerzo previsto desde Yara. Aquella noche había una luna que alumbraba como si fuera de día, y Paz dio las indicaciones de emboscarnos en la cuneta de la carretera, que tenía una configuración perpendicular hacia adentro, y explicó:

«La retirada, si hay retirada, es por esta zanja hacia un campo trasero». Sus instrucciones estuvieron muy bien pensadas y claras.

Nosotros esperábamos que, como siempre, los guardias vinieran en camiones de caña; estábamos pegados a la carretera, en la cuneta, y escuchamos el comienzo del combate.

Me acuerdo que Joel Chaveco estaba al lado mío; tenía sueño, y cuando empezó el combate estaba dormido, de repente se despertó y exclamó:

«Coño, ¿ya empezó el combate?»

«Ah, no me jodas».

El refuerzo vino en dos tanquetas. Comenzó el tiroteo. Frente a nosotros, en la emboscada estaban Luis Crespo[24] y Teté Puebla.[25] Aquello era horrible, porque las balas lo mismo se iban por arriba que entraban por la cuneta y rebotaban en aquellos vehículos blindados. De momento dijeron:

«¡Retiradaaaa!»

---

[24] Luis Crespo Cabrera: (Oriente, 1923-2002). Expedicionario del yate *Granma* y comandante del Ejército Rebelde.

[25] Delsa Esther Puebla Viltre: (Yara, 1940). Combatiente del Ejército Rebelde, Perteneció al pelotón Las Marianas. Después del triunfo de la Revolución desempeñó diversas responsabilidades. Ostenta el título honorífico de Heroína de la República de Cuba. Fue ascendida a general de brigada, primera mujer en alcanzar ese grado militar.

Nadie se acordó de las indicaciones de Paz, por dónde debíamos retirarnos, y todo el mundo lo hizo a campo traviesa.

Salí corriendo al igual que el resto, porque la gente estaba loca por irse, cuando veo a Paquito, rodilla en tierra y disparando, me detengo, hinco rodilla en tierra y trato de hacer lo mismo; Paquito me hala por la camisa y me dice:

«Comemierda, quieres que te maten», parece que él no se había dado cuenta de lo que también había hecho y nos fuimos echando.

Al otro día, en Santo Domingo, estábamos sentados en casa de Lucas Castillo, pasó Fidel y se dirigió a mí y me preguntó:

«Guatemala, ¿qué se siente al pelear contra una tanqueta?»

Sin saber lo que decía, le contesté:

«No Comandante, no es muy bueno, solo se ven las chispas dando en el hierro».

Me miró de reojo y siguió de largo, no dijo nada; me perdonó. Conociéndolo un poco y algo su vocabulario, interpreté lo que pensó y no lo dijo:

«Cabrón, mentiroso».

La gente me lo corroboró cuando él ya no estaba, me dijeron:

«Guatemala apretaste», ya que la balacera era tan grande y los guardias tirando tan cerca y en mejores posiciones que nosotros tirábamos, pero no se podía estar mirando mucho.

Días antes de la Huelga del 9 de Abril, me comentaron que el comandante Daniel había llegado para ver a Fi-

del; me llegué al Naranjo, al frente de Santo Domingo, dos lugares separados por el río Yara; allí radicaba la armería que dirigía Luis Crespo. Creo que, en esos momentos, Fidel tenía allí su Comandancia.

Yo le tenía y tengo un gran afecto y agradecimiento a Daniel, debido a que fue él quien me permitió realizar el gran sueño de integrarme a las filas de la Revolución y pude formar parte del tercer refuerzo que Santiago envió a la Sierra. Al vernos nos saludamos efusivamente, me presentó a una compañera muy afable y bonita del grupo que le acompañaba: era Vilma, por quien guardé y guardo un gran aprecio y admiración.

Yo andaba, como todos, con un uniforme de campaña muy raído, pero con un agujero grande en la espalda debido a que una vez había puesto a secar la camisa mojada arriba de un fogón y se cayó arriba de las brasas y quemó esa parte. Daniel me dijo que iba a tratar de resolverme un uniforme. A principios de la ofensiva de la tiranía me llegó el uniforme; cuando Daniel subió definitivamente a la Sierra y por determinadas circunstancias estuve subordinado a él, le agradecí el envío del uniforme; me dijo que Vilma se lo había recordado diciéndole que me mandara, aunque fuera una camisa.

En Cienaguilla

El 30 de marzo, Fidel se encontraba en altos de Mompié. Se mostraba presuroso y preocupado. Conocía del arribo próximo de una nave aérea por una zona que, según la información disponible, había tropas

de la tiranía. Un importante alijo de armas y algunos hombres estaban por llegar.

El máximo jefe rebelde designaba combatientes e impartía instrucciones a los capitanes, jefes de pelotones, Raúl Castro Mercader y Paco Cabrera e indicaba que los guerrilleros dejaran sus mochilas que, por experiencia, significaba la posibilidad de que habría combate.

Cienaguilla era el punto escogido para la operación; no era una pista, sino más bien un espacio de terreno llano, relativamente cerca de las montañas de la Sierra Maestra.

Las fuerzas de los dos pelotones llegamos al sitio indicado, justo al atardecer, cuando apareció la figura de un avión bimotor tipo DC-3. Al correrse la noticia todos fueron a protegerse, siguiendo la práctica usual.

Pero como yo conocía de avión por mis estudios, observé que bajó el tren de aterrizaje y le dije a Paco Cabrera:

«Ese avión va a aterrizar», a lo que él seguidamente expresó:

«Entonces Fidel conocía de este arribo, por eso nos envió a toda prisa hacia aquí».

En tierra, el avión comenzó la extracción inmediata del pesado alijo de armas: dos ametralladoras calibre 50, fusiles Mauser, ametralladoras Beretta, Raisin y municiones de todo tipo, armamento que entraría en combate en los días siguientes.

En la nave aérea, portando sus armas, llegaron Pedro Miret Prieto, Huber Matos Benítez,[26] Evelio Ro-

[26] Huber Matos Benítez, Roberto Berdaguer y Pedro Luis Díaz Lanz resultaron traidores a la causa de la Revolución.

dríguez Curbelo, la tripulación integrada por Roberto Berdaguer Arias y Pedro Luis Díaz Lanz, un argentino apodado Che Rojo y otros.

Debido a las condiciones de la pequeña pista, el avión se averió y, para que no cayera en manos del ejército de la dictadura, se le hicieron disparos en el tanque de gasolina, pero no se logró quemarlo.

Tomamos posiciones en los alrededores en espera de la llegada del enemigo. Estábamos mezclados los integrantes de los dos pelotones; Rogelio y Enrique Acevedo estaban cerca de mi posición. Pero había sucedido que combatientes al mando de Crescencio Pérez habían sostenido combate antes con las tropas de la tiranía y, posteriormente, ambas fuerzas tomaron direcciones distintas. Eso facilitó la operación, aunque debimos establecer sucesivas emboscadas.

Las armas fueron trasladadas con mucho trabajo por su peso y volumen. No nos correspondió ninguna, pero sí recibimos parque, ya que no teníamos proyectiles; antes de la llegada del avión yo solo tenía siete balas 30.06 para un Remington que era en ese entonces mi fusil. Las armas fueron empleadas en los combates posteriores. Particularmente, las ametralladoras calibre 50 desempeñaron un importante papel en la contraofensiva rebelde.

Incursión a Manzanillo

Con posterioridad a la operación de aterrizaje en Cienaguilla, Ramón Paz recibió una nueva misión de Paco Cabrera. Varias acciones se previeron ejecutar en la ciudad de Manzanillo.

Un grupo debía atacar a la policía motorizada y otro a la cárcel. Mientras, Paz debía enterrar una bomba de cien libras ─de las que empleaba la aviación─ en un alcantarillado frente al garaje que se encontraba a la salida de Manzanillo.

Nuestro grupo emboscado debía rechazar a las fuerzas del cuartel que, supuestamente, saldrían a ripostar los ataques previstos, pero el temor de una celada los mantuvo acantonados en su dispositivo militar.

Un fuego de magnitud debía haberse producido. Sin consumarse ese hecho tuvimos que desenterrar y desactivar la bomba.

No hubo mayor trascendencia que no fuera trasladar el pesado artefacto hacia el campamento rebelde que estaba ubicado en casa de Guerrita Matos en Cayo Espino.

El ataque al cuartel de San Ramón

El 7 de abril, Fidel se encontraba en La Habanita y ultimaba detalles para el ataque esa noche al cuartel de San Ramón, situado entre Campechuela y Media Luna.

Al atardecer montamos en los camiones e hicimos una marcha por más de tres horas. Sobre las diez de la noche descendimos de los vehículos y avanzamos hasta aproximadamente un kilómetro de la guarida de la tiranía.

Durante la travesía, en el poblado de Realengo, se suscitó una discusión: el máximo jefe rebelde quería participar directamente en el combate, pero la inmensa mayoría de los combatientes se opusieron. De tal

modo, de manera más directa la acción la dirigió Delio Gómez Ochoa. Por su parte Celia Sánchez, Haydée Santamaría y Vilma Espín se impusieron para asistir a la operación y permanecer junto a Fidel.

No obstante, Fidel se mantuvo cerca del sitio. Recuerdo que al sacar a los heridos había que pasarlos por un camino cercano donde él estaba, lo cual revelaba su proximidad al lugar de las acciones.

En la madrugada del 8 de abril, el disparo de un mortero de 60 mm marcó el inicio del combate, seguido del fuego concentrado de unos cien combatientes y decenas de cohetes Sputnik.

Bajo una luna clara tratamos de avanzar hacia las posiciones enemigas, pero éramos rechazados por el volumen de fuego de los soldados de la tiranía.

Paco Cabrera estaba al mando de nuestro pelotón; yo formaba parte entonces de la segunda escuadra dirigida por Álamo quien, a propuesta de Chaveco, me había cambiado mi pequeño fusil alemán por un Remington bajo la condición de que me pasara a su escuadra, lo cual acepté sin consultar a Paz y este se disgustó, aunque lo había comunicado a Paco Cabrera.

Las tres escuadras del pelotón nos desplegamos en forma de media luna. Dermidio Escalona dirigía una escuadra de lanzacohetes y José Vicente Quiala Meriño, Pepín, una dotación de morteros de 60 mm. También se organizaron varias emboscadas en los accesos al cuartel, encabezadas por Lalo Sardiñas e Ignacio Pérez. Por primera vez fueron empleadas las dos ametralladoras calibre 50 y una de trípode calibre

30, llegadas de Costa Rica en el avión que había aterrizado en Cienaguilla. Por mi parte estuve cerca de una de esas ametralladoras 50.

La acción, en el orden militar, no dio los resultados previstos. Días después conocimos que la noche anterior a nuestro ataque había llegado a esa guarnición una compañía integrada por unos ciento ochenta soldados en calidad de refuerzo. Independientemente de esa correlación de fuerzas a favor de los contrarios, el enemigo tuvo aproximadamente veinte muertos. Nosotros sufrimos la pérdida de Pablo Noriega Chemichal, Pablo Ríos Riverón y Gabriel Guerra Díaz, estos dos últimos integrantes de nuestro pelotón, además de cinco heridos.

El combate se extendió por espacio aproximado de dos horas. Cuando amanecía y nos retirábamos vimos a Fidel cerca del camino.

Finalizado el combate corrió una anécdota entre los combatientes del tercer refuerzo que permanecían en el pelotón. El hecho fue que se produjo una discusión. Duque se refirió a Paz en los siguientes términos:

"Mira, este viene todo manchado de tierra porque estaba tirado en un costado…», y Paz le respondió en broma:

«No, no…, está bien; yo estoy manchado porque no soy comem… como tú, que tiras parado».

Los dos eran combatientes probados, valientes y entrañables amigos.

Fidel envió a Paz a una misión independiente de la columna que consistía en situar una emboscada en El Pozón.

Yo no participé en esa acción porque durante el traslado hacia ese punto, en el ascenso de una loma en un camión, Paz dio un frenazo brusco y yo —que estaba sentado en el borde de la cama del vehículo— rodé hasta un riachuelo, me lesioné en la parte lumbar y me desplazaba con mucha dificultad.

En Cayo Espino, en la casa de Felipe Guerra Matos, al otro día él me llevó en un caballo hacia Pozo Azul, donde me uní a los compañeros participantes en el combate, en el que desgraciadamente volvimos a perder dos compañeros del pelotón: Rafael Reyes, integrante del tercer refuerzo, jefe de la escuadra de vanguardia y Marcial; Abigail Espinosa salió gravemente herido y hubo que amputarle la pierna.

Producto de la caída del camión me costaba trabajo caminar y me dolía la columna. Se lo comenté a Celia cuando el pelotón estaba acampado en las Vegas, ella decidió enviarme para el hospital del Dr. Martínez Páez, que quedaba lejos, resolvió una bestia, un mulo, y le dio la tarea de llevarme a un combatiente de la comandancia llamado Marino; el trayecto lo sentí por el dolor y el sube y baja del camino. El doctor me vio, era uno de los mejores ortopédicos de Cuba; me puso unas inyecciones y me acostó sobre unas tablas; allí estuve como quince días. El hospitalito estaba cerca de la cárcel denominada puerto Malanga, ya que si Santiago tenía una cárcel que se llamaba puerto Boniato, pues la nuestra tenía que ser algo parecido. Por allá me encontré con William Gálvez quien era muy conocido en el pelotón nuestro.

Al regresar a las Vegas y reincorporarme al pelotón había una casita con piso de tablas que aprovechaba

para recostarme. Se encontraba, además, una mochila con libros, los vi; afortunadamente no los revolví mucho, cogí uno de los de arriba, titulado *El presidio político en Cuba* de la autoría de José Martí, magnífico relato de la crueldad española. Yo leía muy interesado y escucho una voz conocida:

«¿Y ese libro?»

Era el Che, la mochila era de él; le pedí disculpas por haber cogido el libro sin su permiso, se sonrió y me advirtió que cuando lo terminara de leer volviera a ponerlo en la mochila y no lo sacara de la casa y le echó una mirada de soslayo al custodio de los libros que realmente era quien me lo había prestado.

Decomiso y traslado de reses

Posterior al combate del Pozón, Fidel decidió asignarle al capitán Ramón Paz una misión independiente con el pelotón de nosotros y un refuerzo con la misión de decomisar 500 reses en la finca La Caridad, situada en las cercanías de Bayamo.

Nos desplazamos desde las Vegas, atravesamos todo el macizo montañoso hasta llegar cerca del poblado de Las Minas de Bueycito, donde radicaba una fuerte guarnición del ejército comandada por uno de los asesinos más miserables de la tiranía, Sánchez Mosquera.

Salimos de la montaña y caminamos por el llano hasta llegar a la finca La Candelaria, propiedad, según decían era de un americano. Paz le explicó al administrador el decomiso de las reses y la amenaza de no informar de inmediato hasta que nosotros y las

reses no estuviéramos subiendo la Sierra. No fue fácil, el trayecto, tenía que ser de día por senderos en los que podía transitar una sola res. La preocupación no era por nosotros, sino por el temor a perder reses, que eran las reservas de alimento para la tropa y los campesinos, ante la inminente ofensiva que preparaba el ejército de la tiranía contra el territorio del Primer Frente y la Columna no.1.

Salimos de La Candelaria, decomisamos las reses, pasamos cerca de San Pablo de Yao y las llevamos hasta La Estrella. En este sitio Fidel ordenó a Paz que tenía que apurar el paso porque el enemigo había comenzado la ofensiva.

Hasta ese momento permanecí subordinado a Ramón Paz. Él debió marchar hacia la costa con otros hombres asignados, mientras pasé a la subordinación de Duque.

Los combates de Casa de Piedras

La escuadra de Duque la conformábamos, entre otros, Raúl Barandela, Manolito Vidal, Siso el negro, Pompa, quien siempre, con una guitarra, cantaba canciones del dúo Irizarry de Córdova que me recordaban mucho a Santiago y a una muchachita a la cual quise mucho. Ella nunca me hizo caso ni yo le confesé nada.

Duque recibió la orden del comandante Fidel de ubicarse con su escuadra en Casa de Piedras, donde confluían los ríos El Cristo y Yara, en previsión del avance enemigo desde el central Estrada Palma. Allí permanecimos unos quince días.

Después Duque recibió la orden de trasladarse hacia Providencia, un poblado más cercano a las posiciones enemigas y del central Estrada Palma para defender el avance contrario por un camino vecinal. El camino principal por el río Yara lo custodiaba el pelotón del capitán Eddy Suñol.[27] Nuestro campamento era un bohío al lado del río Providencia; al frente, en una casa estaba el pelotón de Suñol, ahí estuvimos cuestión de veinte días, a veces los que no estábamos de guardia nos llegábamos a la casa de Suñol y conversábamos.

Hasta ese momento, el enemigo ubicado en Estrada Palma no había intentado avanzar hacia nuestras posiciones. En cumplimiento de órdenes volvimos a ocupar la posición anterior de Casa de Piedras. Conocíamos el avance enemigo de las tropas del asesino Sánchez Mosquera desde Las Minas de Bueycito y había ocupado por otros caminos Santo Domingo, poblado detrás de nosotros.

En esta nueva situación, Fidel ordenó a Duque ocupar altos de Gamboa, para que cerrara el acceso desde Santo Domingo hasta la Comandancia General de La Plata. Era un lugar donde confluían vías que venían de Santo Domingo por un lado y de las Vegas por el otro, ambos poblados ocupados por el enemigo. Nuestra posición era la última fija antes de La Plata; por esta parte el adversario no intentó avanzar, aun-

[27] Eddy Suñol Ricardo: (Holguín 1926-1971). Combatiente clandestino y del Ejército Rebelde, donde alcanzó el grado de comandante. Después del triunfo de la Revolución desempeñó diversas responsabilidades, hasta su fallecimiento el 1.º de julio de 1971.

que recibíamos constantemente el ataque de la aviación y escuchamos los combates que se desarrollaban en Santo Domingo, y la cadencia inconfundible de la ametralladora de Braulio Curoneaux.

Un día recibimos la orden de cerrar la salida de fuerzas de la tiranía ubicadas en Santo Domingo que intentaban trasladar heridos y buscar avituallamiento. Fuimos como refuerzo de Camilo Cienfuegos, quien dirigió ese combate, el primero de Casa de Piedras. El enemigo no pudo cumplir su cometido y sufrió muchas bajas

Regresamos a nuestra posición de altos de Gamboa, casi de noche. Más tarde, muy oscuro y en medio de la montaña, escuchamos bien alto canciones, acompañadas de guitarras, contra el dictador Batista y a favor de Fidel y del Ejército Rebelde. Era el Quinteto Rebelde, la cultura en combate, a través de altoparlantes, y de vez en cuando oíamos órdenes de tirarles a los guardias con todas las armas. Ese día el enemigo había recibido una gran derrota y días antes otras aún más grandes. Esta acción ideada por Fidel de la combinación de música y balas era un golpe sicológico que coadyuvó a inmovilizar al bando contrario.

En una oportunidad, Duque me envió junto a dos combatientes más a reforzar una posición en el alto de Pueblo Nuevo, allí vi llegar a Pastorita Núñez y Almeida junto con parte de su tropa. Resultó de mucha alegría verlos.

Aquí la aviación bombardeaba fuerte. Recuerdo una vez que nos cubríamos alrededor de los árboles del ametrallamiento de la aviación, y había una cantidad

de mosquitos y jejenes picando en ese momento que no se sabía que era peor, si la aviación o los inoportunos mosquitos.

Al transcurrir los días y regresar a la posición de Gamboa pasé por la cabaña de la Comandancia General. Fidel estaba en El Jigüe y allí estaba Camilo; Paco me lo presentó y fue la ocasión que más pude hablar con él.

Nosotros cocinábamos, pero el suministro había que ir a buscarlo a la casa del santaclareño, un campesino de mucha confianza de Celia y Fidel, pero para llegar hasta allí había que pasar por el lado de la Comandancia General, donde había dos cabañas principales que Celia había indicado edificar sobre pilotes para evitar que el agua las inundara cuando lloviera. Una era de Fidel y la otra de Faustino Pérez, donde radicaba la administración de los territorios liberados. En varias ocasiones me correspondió ir a buscar la comida cruda (frijoles, malanga, arroz) y aprovechaba para llegarme al hospital, donde una de las compañeras era Angelina Antolín, madre de tres hijos y esposa de Miguel Ángel Espinosa, que era del pelotón de nosotros, campesino muy valiente y leal. Aparte del gran aprecio mutuo estaba el interés de que siempre me regalaba dos o tres frituritas quemadas que no podían dárseles a los heridos, pero para mí eran una delicia. Angelina fue combatiente y fundadora del pelotón Mariana Grajales y se distinguiría en la batalla de Guisa.

Otra vez pasé por la casa de Faustino y él me dejó leer el informe original que el comandante Raúl había enviado a Fidel cuando pasó y fundó el Segundo Frente Oriental del Ejército Rebelde.

En una oportunidad que regresaba de casa del santaclareño, con el saco al hombro y la correspondiente provisión, me puse a conversar con Francisco Cabrera Pupo, Paco,[28] que para algunos de nosotros era como un padre o un hermano mayor y que cuando el asesino Sánchez Mosquera logró llegar a Santo Domingo al frente de una tropa numerosa, dirigió una emboscada que le produjo a aquella tropa muchas bajas.

A este compañero, en días posteriores, hubo que realizarle una operación urgente de apendicitis y estaba convaleciente en la casita de Faustino. En eso venía el Che, montado en su mulito y fumándose un cabo de tabaco. A Paco, el Che le tenía un gran afecto pues fue oficial de su columna. Cuando el Che estuvo al lado de nosotros se dirigió a él y con su voz y tono característicos y con sorna le dijo:

«Paco, me enteré que te operaste de apendijitis», el otro inmediatamente reaccionó:

«No comandante, que me batí con todos los hierros contra Mosquera». El Che se vira hacia mí y me pregunta:

---

[28] Francisco Cabrera Pupo, (Puerto Padre, 4 de diciembre de 1924-1959). Integró el Movimiento 26 de Julio en Puerto Padre y en abril de 1957 se incorporó al Ejército Rebelde. Combatió bajo las órdenes de Ernesto Guevara y posteriormente del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Al triunfar la Revolución, con el grado de comandante, fue jefe de su escolta. A punto de abordar el avión en Venezuela, que traería de vuelta a Cuba a la delegación cubana presidida por Fidel, el 27 de enero, regresó al auto y no se percató de que debía cruzar por debajo de las hélices de uno de los motores de la nave, su muerte fue instantánea y la delegación quedó consternada.

«¿Qué tú crees Guatemala?» Pensé:

«Ta´ loco», al Che lo veía de vez en cuando, pero este era gente más cercana a nosotros los del tercer refuerzo y le contesto al Che:

«No, él si se batió contra Mosquera». Y rápido me dijo «Ah, tú lo que eres un guataca» y siguió de largo; unos pasos más adelante se viró en el mulito con la «chenca»,[29] en los labios, nos miró con aprecio y se iba riendo. Era, una vez más, una de sus bromas.

Por esos días conocí que el comandante Daniel había llegado con una tropa procedente de Santiago de Cuba, con buenas armas y que estaba situado en Pueblo Nuevo.

Un día de julio llegó Daniel con su tropa a la posición nuestra; nosotros deberíamos bajar a atacar Santo Domingo. Daniel venía con la misión de reforzar a Ramón Paz en Casa de Piedras, donde se esperaba que habría un fuerte combate contra fuerzas que procedentes de Estrada Palma pretendían reforzar y sacar a las tropas de Sánchez Mosquera ubicadas en Santo Domingo.

Duque me designó para que sirviera de guía por el conocimiento que tenía de aquel lugar; había que pasar veintiuna veces el río El Cristo, que se unía con el Yara, precisamente en el lugar hacia donde nos dirigíamos.

Allí nos fajamos en un combate intenso, y aún sin concluir, acompañé a Paz y Daniel para capturar prisioneros y obtener armas.

---

[29] Chenca: resto que se deja sin fumar de un tabaco (modismo guatemalteco).

Ahí fue donde conocí a Fernando Vecino.[30] Con él me correspondió cumplir la desagradable tarea de cargar con el cadáver de un oficial de la dictadura en estado de descomposición y que Paz había ordenado enterrar. En el trayecto encontramos mangos; hicimos un alto en la fatigosa marcha y nos los comimos.

Después nos trasladamos a Providencia. Yo tenía el hábito de llevar la canana en el cuello porque tenía problemas con la columna vertebral.

En aquellos momentos portaba un fusil Garant, capturado en el segundo combate de Casa de Piedras.

En Providencia la tropa de Daniel, en la cual yo me encontraba, se ubicó precisamente en la zona que anteriormente la escuadra de Duque defendía de un posible avance enemigo. Nuestra misión, con Daniel al frente consistía, junto con otras tropas rebeldes, en frenar la salida de la tropa de Sánchez Mosquera que venía huyendo de Santo Domingo y detener fuerzas enemigas que, desde Estrada Palma, avanzaban para lograr sacar al asesino Mosquera.

El teatro de operaciones era muy amplio, y a pesar de los intensos combates y las bajas causadas al enemigo, este pudo salir; el jefe enemigo, autor de muchas masacres fue rescatado en un helicóptero gravemente herido en la cabeza.

---

[30] Fernando Vecino Alegret. (Banes, 1938). Miembro del Movimiento 26 de Julio y combatiente del Ejército Rebelde, Después del triunfo de la Revolución desempeñó diversas responsabilidades en las FAR, en las que alcanzó el grado de general de brigada. Ministro de Educación Superior.

Por nuestra parte, tuvimos una baja muy sensible, la del comandante Ramón Paz Borroto, quien cayó en una zona separada de la nuestra.

La muerte de Paz, el 28 de julio, me dolió en lo personal. Combatimos juntos. A través de su familia me confeccionaron una bandera de mi país, un gesto que preservé en la mochila y aún conservo.

Durante todo el combate la actividad de la aviación fue muy intensa sobre nuestras posiciones, incluso las avionetas que empleaba el enemigo para indicar los blancos nos tiraba granadas y con ametralladoras de mano.

Después del combate, Daniel pasó a ocupar otras posiciones, me dejó en Providencia para reintegrarme al otro día, pues me costaba caminar por el golpe viejo de la columna.

En el camino hacia la zona de Las Mercedes, el 31 de julio me encontré con la tropa de Daniel que venía en dirección a Providencia y con Vecino al frente; este me comunicó la caída en combate de Daniel, me golpeó profundamente la noticia por no haber estado cerca de él en el combate del Jobal y por lo que Daniel representaba para mí. Mi hijo más pequeño lleva su nombre de guerra.

Después de aquel enfrentamiento, Fidel envió las fuerzas participantes hacia la Comandancia de La Plata para recuperarse y descansar.

Poco después, en plena contraofensiva rebelde, tuvo lugar la batalla de Las Mercedes, que expulsó definitivamente a las tropas de la dictadura del territorio de la Sierra Maestra.

Acompañé al grupo de Daniel, con Vecino al frente, hasta Casa de Piedras. Allí me separé de ellos para dirigirme a las Vegas e incorporarme a mi escuadra, dirigida por Duque. Después nos trasladamos a La Plata.

En las filas de la auditoría

Por esos días, Fidel había designado como auditor en el territorio a Orlando Benítez y le había indicado que le propusiera a algunos compañeros para integrar un grupo auditor. Benítez me propuso formar parte de ese equipo y fue aprobado por el jefe rebelde; además lo integraron José, Pepín, Quiala y Sabú. En la práctica ejercí como segundo jefe de ese equipo, aunque no fui nombrado oficialmente en esa responsabilidad.

De ese modo hice entrega del fusil Garand a Duque, a quien evidentemente no le agradó la decisión de que yo pasara a la labor de auditoría.

En realidad, era una tarea por espacio de dos o tres meses con el propósito de organizar el territorio.

En la Auditoría de la zona sur de la Sierra Maestra se encontraban, entre otros, los poblados del Guayabo, donde se asentaba la Auditoría y que, en lo fundamental, se ocupaba de la gobernación del territorio, la creación de escuelas, el mantenimiento de caminos, la atención a las necesidades del campesinado de la zona, sus litigios, facilitar la entrada de suministros para el Ejército Rebelde, la vigilancia ante cualquier amenaza enemiga, y organizar asociaciones campesinas en los principales caseríos para la defensa de los territorios, y la divulgación de las razones y objetivos

principales de la Revolución: alcanzar la libertad contra la dictadura de Batista y mejorar las condiciones de vida de todo el pueblo.

Además del Guayabo, se encontraban en la zona de la Auditoría El Hombrito, Mar Verde, La Mula, La Bruja, Ocujal y la zona de La Plata al lado del mar.

A finales del mes de noviembre se recibió la orden de atender también la Auditoría de La Estrella, y los poblados de Minas de Bueycito y Bueycito, zonas que fueron de intensas actividades guerrilleras del Che, en lo fundamental, contra el asesino Sánchez Mosquera.

Cerca del 7 de diciembre, Paco pasó por la Auditoría de La Estrella y me ascendió a primer teniente.

El trabajo era bastante intenso. En La Estrella conocí a dos de las hermanas de Celia: Griselda y Acacia y a una combatiente muy bonita: Consuelito que, con el tiempo nos unieron sentimientos, incluso después del triunfo.

El 30 de diciembre recibí la indicación de trasladarme a El Guayabo para atender aquella zona por unos días, y me trasladé junto con Consuelito; allí escuchamos la noticia de la huida de Batista el 1.º de enero del 59, me trasladé para La Estrella, y posteriormente a Bayamo y me integré a la Caravana de la Libertad.

A las puertas de la victoria

En Holguín me indicaron acompañar en el trayecto al comandante Victorino Gómez Oquendo, capturado en los combates de la ofensiva y posteriormente unido al Ejército Rebelde; él estaba al frente del grupo de tanques que acompañaban la Caravana. Claro, los técni-

cos y conductores de la técnica viajaban desarmados y habían sido soldados y oficiales de la tiranía hasta tres o cuatro días antes. El único realmente confiable era Oquendo, a quién conocía desde la Sierra, pero el viaje se hizo sin ningún incidente.

Resultó muy agradable, emotivo e inolvidable el cariño desbordante del pueblo, su alegría y emoción, fundamentalmente hacia quienes teníamos la barba y el pelo más crecidos y los uniformes más raídos.

Al pasar por Buenaventura al mediodía, hicimos un alto; una familia me invitó a almorzar; tremendo banquete y demostración de afecto de esa familia. Al pasar por Camagüey, el vehículo que trasladaba a Fidel parqueó detrás del tanque nuestro y él personalmente se acercó a nosotros, porque además viajaban rebeldes en las afueras del tanque, para alertarnos que nos cuidáramos; había francotiradores en las edificaciones y podían agredirnos.

En Sancti Spíritus el tanque se averió y hubo que repararlo y después en la noche lo montamos en una rastra.

El 6 de enero yo escuchaba a Fidel por radio en su discurso al pueblo en un vehículo particular. Unas muchachitas jimaguas de acercaron y me preguntaron de dónde era, les dije, y llamaron a otras amiguitas suyas, entre 16 y 21 años de edad. Me invitaron a tomar chocolate en la casa de las jimaguas de apellido Vicario. Han transcurrido sesenta y tantos años y la amistad se mantiene, algunas se han trasladado hacia La Habana, otras se mantienen en Sancti Spíritus, con familias ya creadas, y lamentablemente, tres de

ellas han fallecido, pero siempre nos llamamos para recordar aquel 6 de enero de 1959.

Cuando el tanque estuvo reparado, avanzamos hasta alcanzar la caravana; en el Cotorro pasó el vehículo que llevaba a Fidel. Paco me saludó con efusión, entramos a La Habana por la zona del puerto y el malecón.

Recuerdo nítidamente cuando nos incorporamos a la calle 23, sobre todo al pasar L; nuestro tanque era el primer vehículo, delante la avenida estaba vacía completamente; a los lados multitud de gente vitoreando a la Revolución, al Ejército Rebelde y a Fidel. En los balcones de todos los edificios, a ambos lados de la calle, el entusiasmo era inenarrable. El tanque avanzaba al frente por aquella amplia avenida.

Llegamos a Columbia —hoy Ciudad Libertad— el principal cuartel de la dictadura.

No sé cómo, al entrar a aquella fortaleza, los dos amigos con los cuales trabajé en la refinería Shell y estuvimos en la escuela de aviación en San Julián me reconocieron y el encuentro fue entre hermanos. Al terminar el discurso de Fidel me despedí de Oquendo.

El Comandante en Jefe provisionalmente ubicaría su Comandancia en el piso 25 del hotel Hilton, hoy Habana Libre. Allí, pasados unos días, estuve bajo las órdenes del comandante Francisco Paco Cabrera Pupo, jefe de la escolta personal del líder de la Revolución.

AL CALOR DEL TRIUNFO

En la escolta de Fidel

Mi permanencia en la escolta del Comandante en Jefe fue muy breve. Había venido en la Caravana de la Libertad y llegué a La Habana el 8 de enero de 1959. Eran los días de júbilo revolucionario inolvidables.

Aproximadamente el día 14 de enero, el comandante Paco Cabrera Pupo me planteó la tarea de incorporarme a la escolta. Estaba en marcha la preparación de la visita de Fidel a Venezuela.

En la tienda Fin de Siglo de la calle Galiano nos hicieron los uniformes verde olivo y suministraron el avituallamiento. Nos entregaron unas botas altas, de calidad, y un abrigo muy bonito. La camisa, en el hombro, tenía bordado el rombo rojo y negro —similar al que usaba Fidel— con el grado militar correspondiente bordado. En la gorra, al frente, prendía el grado metálico y debajo de este una insignia que yo había conseguido, que tenía cruzadas —como hermanadas— las banderas de Guatemala y Cuba.

El día 23 de enero, en la madrugada, volamos en el primer avión una parte de la escolta, Paco e integrantes

de la delegación; en el segundo avión saldría Fidel y el resto.

En Caracas había una multitud que desbordó las fuerzas de seguridad venezolanas, y al bajar del avión nos cargaron. Las autoridades del aeropuerto con gentileza nos pidieron las armas largas para ellos guardarlas, nos quedamos con las cortas. La gente preguntaba por Fidel, les respondimos que vendría en el otro avión.

Al tocar tierra venezolana la nave con el líder de la Revolución, el entusiasmo de la gente fue inmenso y aquella muchedumbre se lanzó a esperar la salida de Fidel. Era imposible asegurarle la custodia personal requerida en aquellas condiciones.

En la pista, en medio de la gente, Paco me indicó acompañarlo para bajar a Fidel por la escalerilla de la cabina del piloto, donde casi no había gente y poder cuidarlo mejor. Subimos al avión por esa escalerilla; dentro quedaban solo dos o tres personas con Fidel, entre ellas Celia. El Comandante estaba contento, miraba por las ventanillas muy asombrado al ver aquel entusiasmo fraternal de la gente, ya lo había visto en Cuba, pero esta vez era en el extranjero; sus ojos parecían los de un niño que ve un regalo muy preciado.

Paco le dijo:

«Comandante venga por aquí», y se encaminan a la cabina del piloto, Fidel lo sigue y antes de entrar a la cabina del piloto se detiene y le pregunta:

«¿A dónde me llevas Paco?» Y este le contesta:

«No, Comandante, que la escalera del avión está llena de gente», y Fidel le dice rotundo:

«Pero Paco tú estás loco, como tú crees que yo le voy a tomar el pelo al pueblo». Y bajó por la escalera normal, no llegó al suelo, la gente lo sacó cargado con un cariño enorme y vitoreando su nombre.

El almirante Wolfgang Larrazábal, que había invitado al líder de la Revolución Cubana a participar en los festejos por el primer aniversario del derrocamiento del dictador Pérez Jiménez y había acudido a recibirlo, no pudo entrar con la limosina preparada para transportarlo a Caracas desde el aeropuerto de La Guaira.

No sé cómo, si fue Fidel u otra gente quien propuso salir en un camión un poco viejo que estaba allí. El trayecto a Caracas no era fácil, el camino tenía lomas a los lados y había que atravesar dos o tres túneles; yo estaba al lado de Celia y Paco; no sé si Celia no vio a nadie más cerca, pero preocupada me dijo:

«Guatemala pégate a Fidel y no te le despegues». Paco agregó:

«No te separes de él».

Fidel montó en el camión y también un grupo de rebeldes junto a Celia y Paco.

El Comandante estaba muy contento, pues en estas condiciones podía saludar personalmente a la gente y darle la mano; no concebía entrar a Caracas encerrado en un lujoso automóvil, y yo me sentía muy reconocido por la confianza de Celia y Paco. Eso explica que saliera en la prensa al lado de él en el camión, detrás de él en el almuerzo y en el discurso que pronunció por la noche en la plaza del Silencio.

Llegamos al lugar donde se realizaría el almuerzo oficial. Fidel se sentó al lado del almirante Larrazábal y

comenzaron a conversar, yo ocupé detrás de él y otro escolta al lado mío, Juan Antonio Ferrán, era la primera vez que lo veía, porque era del Segundo Frente; posteriormente establecería con él una gran amistad.

Al encontrarme detrás de Fidel venían muchachitas con billetes, postales u otras cosas para que Fidel los firmara como autógrafo; yo se los ponía al lado del plato y él sin mirar para atrás y con mucha paciencia firmaba. Una de esas veces, cuando le voy a poner un papel, me dijo muy serio:

«Ah, pero ¿tú también?» como diciéndome:

«Tú también quieres un autógrafo», y allí se acabaron las firmas.

Salí del restaurante con hambre, porque no pude comer ni tampoco seguir a su lado, porque a él lo montaron con los dirigentes del país; al anochecer nos trasladamos para la plaza del Silencio donde Fidel pronunciaría el discurso central, igualmente ante una multitud, incluso había personas subidas en postes de la electricidad. Igual que en el aeropuerto, nos cargaron gente muy humilde con un gran cariño hacia los rebeldes de Cuba.

Aunque Fidel no había llegado, me ubiqué en el balcón donde él pronunciaría su discurso, la gente se impacientaba y los organizadores del acto decidieron que algunos de nosotros les habláramos a los presentes; tuve la suerte de ser el primero en hacerlo; hablé de la libertad, la lucha en la Sierra y otras cosas y el agradecimiento al pueblo venezolano por la ayuda que nos había dado en la guerra. Aún conservo el periódico que narra esto. En el balcón había un olor

raro y se sentía escozor en los ojos y era que antes de llegar nosotros hubo gente que trató de ocupar el balcón para poder estar cerca de Fidel y tiraron gases lacrimógenos para desalojarlos.

En eso llegó Fidel, al comenzar a hablar, como estaba a su lado me pusieron una bandeja con varios cubitos de hielo en previsión de que el resto de los gases le inflamara los ojos. Él hablaba y yo al lado con las manos entumecidas por el hielo de la bandeja, hasta que en un momento que la gente aplaudía, Fidel me hizo un gesto, preguntando por la bandeja que tenía en la mano; yo también con un gesto le señalo el hielo y los ojos, hizo otro gesto con el rostro como diciendo que no hacía falta; de inmediato zumbé la bandeja y el hielo, me dolía la punta de los dedos arrugados de tanto hielo. Algunas veces en la Unión Soviética, en Kiev, en pleno invierno me acordaría de aquella bandeja.

Al terminar su discurso fuimos para la embajada cubana a dormir. Al fin pude comer tremendo sándwich; prácticamente desde la salida de Cuba no había podido comer nada.

Al otro día unos cubanos radicados en la ciudad de Valencia le pidieron a Paco que les prestara unos rebeldes para que hablaran por la televisión local acerca de la Revolución Cubana. Paco me envió a mí con dos compañeros más, la misión se cumplió y regresamos a Caracas. El Comandante realizaría otra serie de actividades, reuniones oficiales y con la comunidad cubana; nosotros estaríamos siempre en otras tareas como escoltas. Al término del programa la visita había transcurrido con éxito.

El regreso estaba planificado para el 27, al filo de la medianoche; me encontré con Paco a la entrada del aeropuerto, me regaló unos tabacos que llevaba en el bolsillo. Fidel llegó cerca de la una de la madrugada, lo entrevistaban en la pista, al lado de uno de los aviones. Estaba cerca de él y escuché una voz de mujer que le dice:

«Han matado a uno de sus comandantes».

Fidel se acerca rápido adonde dice la mujer, el otro avión cuatrimotor estaba apagado, pero con las luces encendidas y bajo una de sus hélices yacía un rebelde, bocabajo, con las manos extendidas y un gran charco de sangre debajo de la cabeza y la masa encefálica fuera. En el hombro, en medio del rombo rojinegro, la estrella de comandante.

Pensé que era Pedrito Miret, miro mejor y veo que era Paco, Francisco Cabrera Pupo, el jefe de nuestro pelotón que nos guió en muchos combates en la Sierra Maestra. Él era muy querido por todos; hubo compañeros que lloraron.

Fidel expresó algo, como que debíamos pensar que aún perderíamos compañeros en nuestra lucha. En medio de la consternación me entero de que Fidel ha encargado al comandante Félix Duque a quedarse con un reducido grupo de compañeros para acompañar el cadáver cuando fuera trasladado a Cuba.

Le pedí a Duque que me incluyera, pero con cierta pena, me dijo que el grupo estaba completo y que no era él quien lo había designado.

Era oscuro, casi no había personas en la pista. Me quedé parado pensando en la tragedia, con el dolor

por la pérdida de alguien que para mí era como un hermano mayor, un poco padre, y hasta un poco resentido con Duque. Pero alguien pasó rápido por mi lado, con el dorso de la mano me dio por el estómago y con una voz muy conocida me dice:

«Quédate con él, que tú eras de su pelotón». Era Fidel. «¿Cómo aquel hombre, con esa angustia y tantos problemas, fue capaz de fijarse en algo que para otros no tendría importancia?» Pero era Fidel, con un sentido humano y sensibilidad no común.

Busco a Duque, le digo que estoy autorizado por Fidel a quedarme. Posteriormente junto con el embajador cubano en Venezuela, Francisco Pividal[31] y Duque realizaríamos actividades para garantizar el regreso del cadáver a Cuba y los tres le rendiríamos la última guardia de honor en tierra venezolana.

Al llegar a Cuba, en el piso 25 del hotel Hilton logré recuperar el M-1 con el que viajé a Venezuela.

Realmente el M-1 no era de la guerra. Un día que llegué a Columbia me topé con el comandante Pinares, Antonio Sánchez Díaz, de la tropa de Camilo y que cayó en Bolivia con el Che, estaba trajinando con un montón de armas, nos conocíamos del monte y me cambió la San Cristóbal que me habían entregado en Holguín por el M-1.

Se especulaba entre los integrantes de la escolta quién podría ser el nuevo jefe, yo podía quedarme

[31] Francisco Pividal Padrón. (Matanzas,1916-1997). Primer embajador de la Cuba revolucionaria en Venezuela y principal organizador del Movimiento 26 de Julio en la patria de Bolívar. Jurista, historiador, periodista y diplomático. Uno de los más notables y reconocidos autores de la vida y obra del Libertador Simón Bolívar.

en una de las escuadras dirigidas por Pedro García Peláez u Orlando Pupo, porque nos conocíamos desde la guerra. Integrar la escolta del Comandante era, además de una alta responsabilidad, un orgullo; sentir la emoción de ver el cariño y la devoción de la gente hacia Fidel, no era tarea fácil pues siempre el rehuía que lo cuidaran y no permitía que lo separaran de la gente. Cuando había grupos grandes que lo rodeaban nosotros lográbamos algo. Las agresiones del enemigo conseguirían con el tiempo disciplinarlo más en este sentido.

La primera visita a Guatemala

Al regreso de Venezuela me acerqué a Celia y le pedí dos cosas: que me resolviera un pasaje de ida y vuelta a mi casa, es decir a Guatemala, para visitar a mi familia que no veía hacía casi cinco años, y pasar a la Fuerza Aérea con el propósito de conseguir uno de mis sueños: convertirme en piloto de aviación. Ella, siempre solícita, redactó personalmente un escrito a Pedro Luis Díaz Lanz, entonces jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria para que resolviera mis dos solicitudes, quien resultó luego ser traidor.

Ya el 31 de enero oficialmente ingresé a la Fuerza Aérea y al pasar los años recibí los certificados de fundador de la Defensa Aérea y Fuerza Aérea Revolucionaria. Posteriormente recibí el pasaje.

En marzo de 1959 redacté un texto donde exponía el tiempo que estuve en la Columna no.1 bajo el mando directo del comandante Francisco Cabrera y del Comandante en Jefe y se lo llevé a Díaz Lanz, quien lo

firmó; yo no estaba muy satisfecho con esa firma y un día «me colé» antes de que comenzara una reunión del Consejo de Ministros. Fidel estaba sentado en la mesa de reuniones y le pedí que me firmara el documento; él lo leyó con atención y lo firmó.

En esos días Fidel había enviado un grupo de combatientes, barbudos y peludos, a recorrer algunos países de Latinoamérica para exponer las verdades de la Revolución y las razones de la justicia revolucionaria, ya que Cuba era objeto de una campaña enemiga internacional; también visitaron México, de Centroamérica solo Panamá y luego continuaron hacia América del Sur.

Aproveché esta ocasión, después de firmarme el documento, para pedirle autorización y realizar en mi país también una labor en defensa de la Revolución. Su respuesta inmediata fue: «Además, es tu deber como revolucionario; cuando regreses me ves».

Salí hacia Guatemala el miércoles 25 de marzo de 1959; con mi uniforme verde olivo, diecisiete meses con él puesto, imaginen el largo del pelo y la barba, la pistola debajo de la camisa; esto último era una costumbre, pero en este caso un desatino.

El avión haría escala en El Salvador; al despegar vino el piloto, un norteamericano, que muy amablemente me pidió la pistola y me explicó las razones. Al aterrizar en El Salvador me dio las gracias y devolvió el arma. No fue posible continuar viaje y nos hospedaron en un hotel. Por la tarde se aparecieron unos periodistas a invitarme para intervenir en un programa de la televisión y hablar de la Revolución Cubana, lo cual acepté.

El jueves 26, el avión voló hacia Guatemala, y en el aeropuerto se encontraba por casualidad un periodista sin cámara que pertenecía a un diario guatemalteco llamado Impacto, se interesó por mi figura, me entrevistó y pidió una foto. Al otro día aparecí en primera plana, con una buena redacción desde el punto de vista político, respetando objetivamente las declaraciones mías y con la foto tomada durante la guerra.

Era la Semana Santa, muy celebrada en Guatemala y días feriados. No tenía residencia en la capital, pero por invitación fui a vivir a la casa del compañero guatemalteco, Ángel Edilberto Palma, quien había obtenido junto conmigo la beca para estudiar en Cuba. Un hermano mayor, Oscar, estaba casado con una cubana.

El día 30 de marzo se apareció en la casa un militar, quien de manera cordial y respetuosa se identificó como oficial del despacho del presidente de Guatemala, General Miguel Ydígoras Fuentes,[32] y me entregó una nota personal comunicándome que él tendría mucho gusto en recibirme el martes 31 a las 4:00 pm. El día fijado fui acompañado de Oscar, el cual era periodista; en la antesala había varias personas muy emperifolladas y por lo visto de buen nivel económico a la espera de ser recibidas por el mandatario, que era un tradicional general-presidente de los señalados por Miguel Ángel Asturias en su libro El señor presidente, quien un año después amparó a los mercenarios que invadieron a Cuba en abril de 1961.

[32] José Miguel Ramón Ydígoras Fuentes. (Guatemala,1895-1982). Político y militar guatemalteco, presidente de la República 1958-1963.

En la antesala presidencial había una dama, no joven, muy enjoyada y lujosamente vestida que se quejaba de llevar allí como cuatro horas sin ser recibida. Le dije a Oscar, temiendo que el «excelentísimo» me hubiera citado para dejarme sentado, como para humillarme:

«Yo no pedí verlo, si dentro de quince o veinte minutos no me llaman, nos vamos»; pero como a los diez minutos me invitaron a pasar a su despacho. El hombre fue cordial, me extendió la mano, dijo que estaba interesado en conocerme, hizo preguntas sobre Cuba y la Revolución y sus objetivos, y que se hablaba mucho en la prensa sobre los fusilamientos. Yo le fui contestando y sobre lo último fui muy explícito sobre los crímenes comprobados de los sentenciados por los tribunales revolucionarios.

Me di cuenta que su invitación respondía a intereses políticos, ya que la Revolución Cubana gozaba de una gran simpatía y apoyo del pueblo guatemalteco. Este personaje era ya un tipo viejo, pero presumía de su fortaleza juvenil. Para estimular su egolatría en un momento le dije:

«Usted se ve bastante joven», al tipo le gustó.

«¡Verdad que sí, verdad que sí!», me respondió. Fueron quince o veinte minutos de conversación, me despidió igual de cordial, brindándome cualquier ayuda que necesitara.

A la salida tenía un conversatorio en la facultad de Derecho de la Universidad de San Carlos, la Universidad Central de Guatemala, no me daba tiempo cambiarme, solo pude quitarme la chaqueta y la corbata

del uniforme de la Fuerza Aérea para sentirme más cómodo.

Durante mi estancia en el país yo vestía el uniforme de campaña verde olivo con el brazalete del 26 de Julio y en el hombro izquierdo la escarapela con el escudo de Guatemala. En los días posteriores intervine en varias emisoras de radio, en distintos periódicos y en otras facultades de la universidad, tratando de cumplir con la respuesta que me dio el Comandante a mi petición.

El miércoles 15 de abril, pasados 16 días de la entrevista con el Presidente, se apareció en la casa un policía con una orden por escrito, firmada por el jefe de la Policía Nacional, coronel Marciano Casado, ordenándome presentarme el día 16 a las 10 de la mañana ante él. Acudí a la citación con el uniforme de campaña y pasé al despacho del jefe de la Policía; me recibió con mala cara y me espetó que tenía órdenes del Presidente de la República de que abandonara el país en veinticuatro horas. Pregunté cuál era el delito y respondió que también era su orden; indagué nuevamente la causa y sin más palabras dijo:

«Es que además debe quitarse ese pelo, esa barba y esa indumentaria y hablar como chapín», es decir como guatemalteco. Le riposté que ni el pelo, ni la barba, ni el uniforme eran penados en Guatemala y que él sabía que había muchos que hablaban muy bien como chapines y estaban usando a Guatemala para vivir de ella. Me di cuenta que si proseguía la iba a perder y humildemente le pedí un día más, para recoger mis cosas y despedirme de mi familia; altanero contestó: «Está bien, pero ni un día más».

Yo tenía ese día una entrevista en una estación de radio que se llamaba Guatemala Flash, muy escuchada; era el noticiero del mediodía. Yo no había ido a la embajada cubana en ese tiempo para no molestar, además de que no había sido invitado, pero al salir del lugar llamé al cónsul, porque el embajador designado por la Revolución, había salido echando.

El cónsul vino rápido, le expliqué que no había querido molestar, pero iría a vivir en la embajada como huésped porque no iba a poner en peligro a la familia que me había alojado.

Asistí a la entrevista de la radio y cuando me preguntaron por qué Fidel no había enviado barbudos a Guatemala como a otros países, contesté:

«No sé, pero…», y denuncié la conminación del jefe de la policía por orden del Presidente, la cual no iba a cumplir, violaba mis derechos como guatemalteco. Se formó el escándalo, los periódicos de esa misma tarde y en la radio se hicieron eco de la denuncia contra el Presidente y el jefe de la policía, incluso los periódicos más reaccionarios me defendieron, a pesar que muchos editoriales, tanto escritos como verbales, atacaban constantemente a la Revolución Cubana y al Comandante en Jefe y que yo había respondido a esos ataques.

Inquirido el Presidente por los periodistas sobre su orden de expatriación la negó rotundamente, agregando que yo podía estar en mi país y que era un muchacho simpático y los orientó a que vieran al Ministro de Gobernación, quien dijo no conocer nada y los remitió al jefe de la Policía Nacional, subordinado a él. Este

dijo que no me había dicho que me fuera, sino que cesara en mis actividades marxista-leninistas, algo que en aquel tiempo yo creo haber escuchado que existía un Marx y un Lenin, pero hasta ahí.

Permanecí en la embajada y una familia amiga me llevaba la comida; continué las actividades por la radio y la prensa, pero esta vez en el auto de la embajada y con el cónsul como acompañante. No estaba en calidad de asilado sino de huésped.

Decidí entregar la bandera cubana que había enviado la escuela nocturna Ángel Aballí, al centro docente donde recibí la beca, y le planteé al cónsul que debíamos viajar a la ciudad de Quetzaltenango. Allá se organizó muy buena actividad en defensa de nuestra causa. También decidí viajar a la ciudad donde nací, donde se encontraba casi toda mi familia, Mazatenango, también lejos de la capital; al igual, con el apoyo de una organización política de este lugar se organizó una actividad solidaria con la Revolución Cubana.

Al inicio de encontrarme en la embajada presenté en los tribunales un recurso de amparo por la comunicación recibida, un poco para chivar.

En la capital pude compartir con mis dos hermanas y primos que me quedaban; tenía permiso de Cuba por veinticinco días y con los últimos acontecimientos se había extendido el plazo, pero cumplida, en lo fundamental, la tarea solicitada al Comandante; regresé cincuenta y un días después, y un mes posterior al cuento del jefe de la policía. Llegué a Cuba el 15 de mayo.

En Venezuela para estudios de piloto

Dada la traición del jefe de la Fuerza Aérea, Díaz Lanz, y designado entonces jefe de esa arma el comandante Juan Almeida Bosque, fui a saludarlo, creo que le agradó verme; unos días después me entregó un sobre con muchos recortes de prensa que le había enviado el Ministerio de Relaciones Exteriores cubano con todo lo narrado anteriormente: «¿Algo más?» y me felicitó.

Al igual vi al Comandante en Jefe en la Fuerza Aérea como dos o tres días después de regresar; él trataba en ese momento problemas serios y, aunque me había dicho que lo viera, y conociendo incluso por experiencia propia que no le gustaba que lo interrumpieran, no me atreví a relatarle lo realizado.

Solicité ir para la base aérea de San Antonio de los Baños, a ver si lograba algo del pilotaje ya que hasta esa fecha no funcionaba ninguna escuela de aviación. Hice guardia como oficial de Operaciones, aunque continuaba viviendo en el edificio del Estado Mayor en Ciudad Libertad.

Allí ocupé una habitación que compartíamos con Arturo Lince, integrante del tercer refuerzo, con quien subí a la Sierra en la etapa insurreccional y con el piloto Alfonso Silva Tablada, que combatió como tal en el Segundo Frente Oriental Frank País y caería gloriosamente en los días de Playa Girón.

Un mediodía, estaba en San Antonio y pasó el capitán Diocles Torralba,[33] entonces ayudante del comandante

[33] Diocles Torralba. Combatiente del Ejército Rebelde. Sancionado por casos

Almeida, a quien conocí cuando este me entregó los recortes de prensa; me preguntó:

«¿Que tú has estudiado?» cuando le dije, me responde:

«Tú nos vas a servir», y me comunicó que iba a integrar un grupo de tres becados para capacitarse como pilotos de combate en Venezuela. Me sentí feliz, pues me dijo que sería en aviones modernos Camberra. Los otros dos compañeros serían Juan Antonio Ferrán, con el cual participé en la escolta personal de Fidel precisamente en Venezuela y William Tey, de la clandestinidad de Santiago de Cuba, hermano de Pepito Tey, heroicamente caído en los combates del 30 de noviembre de 1956 en esa ciudad.

Salimos un día de septiembre del 59, se nos ubicó en el comando de Aragua, en el Estado del mismo nombre.

Allí nos repitieron los exámenes médicos con más rigor. Logramos aprobarlos, temíamos, no por los resultados, sino por la animosidad observada en algunos oficiales, fundamentalmente los superiores. Este rechazo lo sentí también en Guatemala por los militares, no resistían que un ejército de «andrajosos» hubiera derrotado a un ejército de profesionales, gente ilustre y asesorados por señores aún más ilustres.

Al igual que en los anteriores viajes a Venezuela y Guatemala fui con el pelo y la barba largos y lógicamente el uniforme verde olivo. Una vez estábamos cerca del puesto médico del comando, cuando llegó

---

de corrupción en 1989.

un carro a toda velocidad con una niñita ensangrentada, rápido la cargué para llevarla al médico, cuando llegó otro vehículo, rápido también, se bajó un oficial que me la arrebató de las manos, me miró con odio y corroboré la indisposición hacia nosotros.

En Guatemala cuando viajé a mi ciudad, Mazatenango, después del lío con el Presidente, los militares de allí pidieron permiso para pelarme, se aparecieron en mi casa, pero me había ido.

El embajador cubano en Venezuela seguía siendo el compañero Francisco Pividal, con quien Duque y yo realizamos las gestiones para el traslado a Cuba del cadáver de Paco Cabrera en enero de ese mismo año. Pividal nos comunicó que tendríamos una entrevista con el jefe de la Fuerza Aérea para el ingreso a la Academia de Aviación, y me indicó la necesidad de pelarme y afeitarme, lo cual efectué en una barbería de Caracas; me dolió hacerlo, ya esos atributos eran parte de mi personalidad, los llevaba desde hacía un año y diez meses; afortunadamente me quedó una fotografía antes de entrar a la barbería.

En el trayecto a la entrevista, el embajador le indicó a William que se cambiara el anillo de mano, no aceptaban allí alumnos casados, y a mí que no dijera que era guatemalteco; la beca era para cubanos. Con el mayor respeto posible le dije:

«Bueno, si yo tengo que esconder mi nacionalidad me dejas en la esquina porque eso no fue lo que el comandante Almeida habló conmigo». Aunque nos conocíamos, un poco molesto, Pividal me dijo:

«Está bien, haz lo que te dé la gana».

En la entrevista, el jefe de la Fuerza Aérea nos dijo que el tiempo de estudio era de cuatro años, le respondimos que eso era en Cuba, porque en la embajada venezolana nos habían dicho que era de un año o año y medio a lo máximo y que sabíamos que oficiales de otros países los habían preparado en ese tiempo. Nos contestó con cierto desdén: «Sí…, pero ellos eran oficiales de academia. Además, los primeros dos años eran de esgrima y equitación. Decidimos regresar William y yo; Ferrán quiso probar suerte.

En el viaje de regreso hacia Cuba, William me preguntó, preocupado: «¿Qué tú crees que diga Almeida?»

«Si se ríe cuando me vea pelado no hay problemas, así nos diga lo que sea, cállate la boca».

Efectivamente, cuando entramos a su despacho se rio. Le contamos, y al final preguntó: «¿Y el otro por qué se quedó?»

A los pocos días me dijeron que un teniente con determinadas características me estaba buscando y le dije que no, que ese compañero estaba en Venezuela. Efectivamente, era Ferrán, quien para complacencia de Pividal ingresó en la escuela de Aviación y duró un día.

Allí como en todas las escuelas militares del capitalismo imponían la obediencia ciega al superior y vio como los estudiantes de años superiores humillaban a los de años inferiores con órdenes absurdas y a veces denigrantes, e inteligentemente regresó; él llegó a ser uno de los jefes principales de la Defensa Antiaérea y murió en una situación trágica.

LA VOLUNTAD ME HIZO INGENIERO

Recuerdos del Patojo[34]

Al Patojo lo conocí en La Habana. Yo tenía una novia muy bonita, estaba buscando trabajo para ella y llegué al Ministerio de Industrias —en ese tiempo el Che era el ministro—, localizando a alguien conocido. Me enteré que el Patojo, Julio Roberto Cáceres Valle, de origen guatemalteco, era el jefe de personal. Fui a verlo, me identifiqué con él e hicimos buenas relaciones. Muchas veces salíamos a comer a alguna fonda, porque no teníamos mucho dinero, y nos poníamos a conversar. Transcurría el año 1960.

Mi novia comenzó a trabajar en ese Ministerio e inmediatamente ya vestía de miliciana y participaba en las tareas de aquel momento.

Pretendía contraer matrimonio con ella, incluso dejé hecho un poder para casarme cuando fui para la Unión

---

[34] Julio Roberto Cáceres Valle. Revolucionario guatemalteco. Llegó a Cuba después del 1º de enero de 1959. Trabajó en el Ministerio de Industrias en el período dirigido por el comandante Ernesto Che Guevara. En defensa de sus ideales patrios cayó en su tierra natal en la lucha insurreccional.

Soviética, pero los padres no eran revolucionarios. En resumidas, no pudimos formalizar el casamiento.

En una ocasión, cuando fui al Ministerio de Industrias a despedirme de quien ya era mi amigo, porque me iba a estudiar a la Unión Soviética, me dijeron que El Patojo estaba en un piso, en un determinado salón; subí y lo encontré estudiando una lengua indígena, no sé si era cachiquel o quiché, de Guatemala, entonces le pregunté y me respondió:

«No, estoy preparándome». Le dije:

«¿Pero tú vas a salir hacia Guatemala?»

«No, no, por ahora no hay nada de eso, es por si algún día...». Entonces le expresé:

«Bueno, mira, yo me voy hacia la Unión Soviética, pero cualquier cosa me avisas».

«Sí, yo te aviso».

Él estaba en los pasos de que se iba o se dio la oportunidad de ir con un coronel de apellido Paz Tejada, un oficial revolucionario, y salió para allá. Tengo entendido que el lugar para las acciones guerrilleras no fue bien escogido y hubo determinadas fallas que condujeron al fracaso del naciente movimiento.

Con anterioridad, Paz Tejada había hecho contacto conmigo durante mi visita a Guatemala, me envió una nota para vernos en un determinado lugar, fijó un sitio público. A mí me extrañó que me mandara esa nota, porque yo estaba muy peludo y llamaba la atención encontrarnos en el sitio escogido por él, pero bueno yo fui, lo esperé y no asistió; no sé lo qué pasó. Los pormenores no los conozco exactamente, pero Paz Tejada no estaba en ese momento en el grupo cuando mataron al Patojo.

Escuela de aviación

Pasado un tiempo comenzó en San Antonio de los Baños una especie de escuela de Aviación con cinco profesores chilenos; los tres llegados de Venezuela nos incorporamos, afortunadamente como externos; los otros alumnos eran internos. No duró mucho tiempo esa escuela; a cuatro de los profesores pilotos no les convino y se fueron, uno solo se quedó, sin pedir nada, preparando a los pilotos cubanos: Jackis Lagás, quien peleó valientemente en los combates que libró la fuerza aérea en Girón.

Me trasladaron como oficial de Operaciones hacia la base aérea de Baracoa en La Habana, aunque continuaba viviendo en la de Ciudad Libertad; me dijeron que allí también se encontraban tres pilotos guatemaltecos a quienes pude encontrar, me acerqué a ellos y los saludé; me identifiqué como compatriota y les hice preguntas lógicas sobre la tierra, pero los noté confundidos. Al final me dijeron que no eran guatemaltecos, sino nicaragüenses y nos hicimos buenos amigos: Carlos Ulloa, Guerrero y Galo. Ulloa caería gloriosamente en los combates de Playa Girón; Guerrero cumpliría varias misiones en esa batalla y Galo participó junto a los otros dos en la preparación de varios pilotos cubanos.

Acompañante de Juan José Arévalo

En octubre de ese año, me comunicaron que el Dr. Juan José Arévalo Bermejo, quien fuera uno de los dos únicos presidentes realmente democráticos que ha tenido Guatemala, vendría a Cuba invitado por el comandante Raúl Castro. Pude saludarlo y participé

en el encuentro con el comandante Raúl en su despacho de Ciudad Libertad. Había sido designado oficial acompañante por el comandante Sergio del Valle, y el Ministro lo ratificó ese día. Estuve al lado de Arévalo todo el tiempo que permaneció en Cuba; resultó una gran satisfacción, un orgullo y conocí cuestiones históricas del periodo de su gobierno.

Yo había conocido, en ese tiempo, a una muchacha muy bonita, de ojos verdes y en esos días fuimos novios; se nombraba Teresita. Ella compartió con nosotros en algunas actividades.

Me hice piloto de «chiringas» en Santiago

Pasaban los días y no aparecía la escuela de Aviación deseada y decidí ingresar en la universidad. Desde Santiago de Cuba me habían comunicado que dos de los títulos técnicos que poseía me permitían ingresar a ella, hablé con el comandante Sergio del Valle, en ese tiempo jefe de la Fuerza Aérea, y le solicité mi traslado para la base aérea de Santiago de Cuba; él accedió y pude ingresar y matricular la carrera de Ingeniería Mecánica.

En la base funcionaba como oficial de Operaciones. A los tres meses trasladaron hacia La Habana al jefe —quien era piloto—, José Rodríguez, Joseíto, combatiente del Segundo Frente, y me designaron entonces al frente de dicha unidad. En esta base había dos avionetas, una de ellas estaba de alta, un Tri Pacer, el piloto asignado, el cual también había estado en el Segundo Frente, me dio el entrenamiento hasta mi soleo; es decir pude manejarlo yo solo, sin título oficial, pero al fin me hice piloto de Aviación.

Periódicamente se basificaban grupos de pilotos con aviones de transporte, de combate y helicópteros, pero era por poco tiempo, entre ellos el teniente Orlando Calvo, que era de helicóptero y el capitán Orestes Acosta, pilotaba de todo, transportaban al comandante Raúl Castro, quien en ocasiones permanecía en Santiago por determinado tiempo. Con los dos me unía una gran amistad. Orlando era como un primo, era sobrino de Angelita, mi mamá adoptiva, y nos conocíamos desde antes del triunfo de la Revolución, Orestes, no obstante a los grandes méritos revolucionarios que ostentaba era muy humilde y muy sencillo, vivía en Santiago con Arsenia su esposa y Adita, su hija muy pequeña que yo a veces cargaba sin imaginar que aquella niñita sería, con el transcurso de los años, varias veces oficial vanguardia de las FAR, muy inteligente, con un gran sentido de la responsabilidad y disciplina; era muy buena especialista de Aviación y que tendría el orgullo y la satisfacción de tenerla subordinada, dieciocho años más tarde, en el área de control técnico en la Aviación Militar.

El Piper, es decir la otra avioneta logramos ponerla de alta y en esta, por tener rueda trasera —lo que llaman patín de cola— era más difícil maniobrarla en el aterrizaje y en esta avioneta me entrenó y me soleó Orestes; y como se dice en el argot de la Aviación, ya era un gran piloto profesional de «chiringas», de aviones pequeños, sin luces ni instrumentos.

Yo vivía con mi mamá adoptiva y una de mis «hermanas», Elsa. Las otras dos: Belkis y Yoya estaban casadas; al frente vivía tía Carmela, la hermana de Angelita.

Un día visitó la casa una muchacha muy linda: Luisita, con quien, al pasar los días intercambiamos sentimientos que subsistieron con el tiempo.

Con Jacobo Arbenz

Casi todos los meses me trasladaba a La Habana a recoger el salario del personal de la base y realizar otras gestiones en el mando. En julio de 1960 me dijeron que el coronel Jacobo Arbenz Guzmán, quien fuera el otro presidente democrático de Guatemala, se encontraba en Cuba invitado por el Gobierno Revolucionario.

A Guatemala la llaman el país de la eterna primavera por la belleza de sus paisajes y su clima, y uno de nuestros magníficos literatos escribió que Guatemala era el país de la eterna tiranía, y desgraciadamente es así porque en doscientos años que dejó de ser colonia de España nuestros gobernantes han sido tiranos con muchos años en el poder o corruptos, desprovistos de interés alguno por ayudar al pueblo humilde, fundamentalmente a los que componen la raza indígena.

En 1944, el pueblo cansado se rebeló contra uno de aquellos tiranos que lo oprimía: Jorge Ubico, que llevaba catorce años en el poder, lo obligaron a renunciar pero quedó otro bandido. El 20 de octubre de ese año se produjo una rebelión militar que se hizo del poder; uno de los dirigentes de esa rebelión fue Jacobo Arbenz; posteriormente, en elecciones libres promovidas por esta rebelión, fue electo Juan José Arévalo y después Arbenz. Los dos se preocuparon y ocuparon por el pueblo.

Arbenz promovió una pequeña reforma agraria que favorecería a la masa campesina, pero afectaba a una compañía norteamericana, la famosa United Fruit Company, pero el imperialismo norteamericano no podía permitirlo, organizó una invasión y promovió la traición del ejército; Arbenz y la Revolución Guatemalteca fueron derrotados. Diez años duró la primavera política que sembró grandes sueños y esperanzas en mi pueblo.

Fui a saludar a Arbenz, aunque me hubiera gustado haber estado más tiempo conversando con él; en realidad me demostró cierto aprecio.

El día 6 de agosto, en ocasión del acto resumen del Congreso Latinoamericano de Juventudes, me acerqué al comandante Raúl, me identifiqué y le pedí autorización para estar unos días con Arbenz; me preguntó si Arbenz estaba de acuerdo y a mi respuesta positiva me dijo que dejara arregladas las cosas de mi trabajo, y me autorizó.

Al otro día fui a ver a Arbenz, le dije que tenía permiso del comandante Raúl, él se alegró y me quedé como oficial acompañante suyo. Tuve la suerte de recorrer con él una gran parte de Cuba, desde La Habana hasta Santiago de Cuba, y en varios lugares se organizaron actos en los que él relataba todas las maniobras ejecutadas por los Estados Unidos para destruir la Revolución Guatemalteca; hubo uno muy especial que se efectuó en un central, ya nacionalizado, y que fuera propiedad de la United Fruit Company, en el que participó y habló muy emocionado.

En Santiago de Cuba me despedí de él y me incorporé a la jefatura de la base aérea de allí. Durante

el recorrido, en los distintos actos, le fueron entregados donativos monetarios del pueblo para la Reforma Agraria, para que se los hiciera llegar a Fidel; él me los dio con esa indicación y yo se los entregué a Celia en Calle 11.

Ingeniero de aviación

El Che, en su libro *Pasajes de la guerra revolucionaria*, incluyó un capítulo que llamó «El Patojo», refiriéndose a su compañero y amigo en México; juntos enfrentarían vicisitudes y carencias, que era pequeño de estatura e introvertido.

Uno de los días que lo visité me comentó que había unas becas para estudiar ingeniería en Checoslovaquia; a mi regreso a Santiago lo analicé. Al regresar al mes siguiente a La Habana acepté la proposición, pero no era en Checoslovaquia, sino en la Unión Soviética, lo cual me alegró y específicamente en la ciudad de Kiev, capital de Ucrania.

En el mes de enero de 1961 hubo acuartelamiento general. Estados Unidos había roto las relaciones con Cuba y se conocía que se preparaba una agresión armada contra el país. Pasó enero, y en febrero me presenté al comandante Raúl Guerra Bermejo, Maro, en ese momento jefe de la Fuerza Aérea Revolucionaria y le planteé la proposición de la beca en la URSS, me dijo que la aprovechara y le indicó al capitán Fraguelas, su ayudante, que me extendiera una orden de comisión de servicios en el Ministerio de Industrias.

En marzo, estando en Santiago me avisaron que la salida hacia la URSS sería al final de ese mes. Hice

entrega de la unidad a mi sustituto y me despedí de los buenos compañeros; realmente éramos pocos, pero nos llevábamos bien.

Y con relación a mi casa, la despedida fue bien triste con la familia que me había adoptado y con la que permanecí más de un año; hacía más de diez años que no había tenido la dicha de estar tanto tiempo en un hogar, con una mamá al lado, a la cual podía contarle mis cosas y con hermanas, tíos y primos.

En diciembre de 1960 había pasado por La Habana mi hermana mayor de Guatemala, en tránsito hacia los Estados Unidos para encontrarse con su esposo que cursaba estudios en ese país. Una tarde estábamos en la casa de un médico amigo, Raúl Valverde, muy capaz en la especialidad de Siquiatría. Mi hermana mayor se quejaba de que mi otra hermana, Marta, no quería estudiar para maestra, estudios que ella quería imponerle; ella quería ser enfermera. Le dije que si quería estudiar enfermería que la enviara hacia Cuba, cuestión con lo cual estuvo de acuerdo el médico que participaba en la conversación.

Hice algunas gestiones, entre ellas, con el Dr. Bernabé Ordaz, a quien conocía desde la Sierra y que dirigía el hospital siquiátrico de Mazorra, donde existía la escuela de enfermeras América Arias de muy buen nivel. Me ayudó y Marta pudo graduarse de profesión que ejerció en Cuba hasta su jubilación. En Cuba formó su hogar.

El 17 de abril de 1961 se produjo la invasión por playa Girón, me presenté en el Estado Mayor de la Fuerza Aérea, lo tuvieron en cuenta, pero me indicaron que

siguiera en el Ministerio de Industrias donde estaba asignado en comisión de servicio. El grupo de becarios al cual yo pertenecía era de cien estudiantes y anteriormente ya habían salido 84.

El 18 de abril recibí la comunicación de salir de La Habana hacia Nuevitas, donde embarcaríamos para la URSS los 16 becarios restantes. Como aún se combatía fuertemente contra los mercenarios en Playa Girón y yo no sabía cuál era la situación real, no salí para Nuevitas y me quedé en La Habana. Afortunadamente en el Ministerio de Industrias no me pelearon mucho y me incluyeron en una delegación que junto a mil campesinos embarcó hacia la URSS en junio de ese año. Al frente de aquella delegación iba el comandante Universo Sánchez.

El viaje, muy interesante, duró 18 días, el navío era de los tiempos zaristas, el *Gruzia*, muy grande, tenía piscina y un teatro no pequeño y por primera vez pude ver las costas de Europa y África, atravesar el estrecho del Bósforo, que divide Turquía, y entrar al mar Negro.

Desembarcamos en el puerto de la ciudad de Odesa, y fuimos recibidos por un pueblo que amaba y ama a Cuba y a su Revolución. Las muestras de afecto golpearon nuestra alma y fue así durante los ocho años que duraron mis estudios en la URSS, en lo personal y por todo el apoyo a nuestra lucha desde los primeros momentos.

Debido a que llegamos en julio, período de vacaciones, no me trasladaron para la ciudad de Kiev, sino hacia la playa de Alushta en la península de Crimea,

donde también veraneaba el grupo de estudiantes cubanos.

Por petición nuestra, en agosto, fuimos a trabajar a la agricultura con el fin de donar el resultado de nuestro trabajo a la Reforma Agraria.

Desembarcamos en la ciudad de Kiev una mañana fría y nublada de septiembre de 1961; todo era nuevo: el idioma, las costumbres, los paisajes, el clima… Me ubicaron junto al grupo en la casa de estudiantes, un edificio de tres pisos donde vivían alumnos de otros países que cursaban estudios en la Universidad Estatal de Kiev.

En el mismo mes inicié las clases de idioma ruso en la Facultad Preparatoria de la Universidad Estatal de Kiev: Taras Shebkenko, patriota, destacado pintor y el mayor y más querido poeta de Ucrania.

Si mal no recuerdo, en octubre, visitó Kiev el comandante Juan Almeida al frente de una delegación, y compartió con nosotros en la universidad, nos dio una serie de orientaciones y en relación a mí, dijo a los compañeros algo, quizás inmerecido: «Quieran a Guatemala que es de los buenos».

En noviembre, al grupo le efectuaron pruebas para su paso a las distintas instituciones superiores e iniciar las carreras de acuerdo con las especialidades escogidas.

Inicié los estudios de Ingeniería mecánica en el Instituto Politécnico de Kiev, centro de muy alto nivel académico.

Cada profesor explicaba las distintas asignaturas, los estudiantes tomaban notas y en ocasiones participaban. En mi caso yo solo escuchaba, pero no entendía

nada, a pesar del esfuerzo que hacía después de las clases.

En julio de 1959, en La Habana había conocido en una guagua a una muchacha: Teresita, y establecimos relaciones. Ella tenía un niño de seis años, nos hicimos novios y estuve muy enamorado de ella. Sus padres, aunque se llevaban muy bien conmigo no simpatizaban con la Revolución.

Antes de salir para la URSS se gestionó la posibilidad de que ella pudiera ir también a estudiar, pero no pudo ser porque tenía que viajar sin el niño, entonces dejé un poder para el matrimonio, que se efectuaría previo aviso mío. En enero de 1962 recibí una carta de ella en la que rompía relaciones y aducía que sus padres aseguraban que la Revolución se caería y ella no vería más al niño. La decisión me golpeó.

En las vacaciones, en Crimea, había conocido una mujer joven que nos atendía y después nos dio clases de ruso en la universidad; era ucraniana y hablaba muy bien el español, Rimma Nikolaevna, quien sería después para mí como una hermana, y su mamá, María Ivanovna como una madre, pero en aquellos momentos era solo una maestra en quien decidí confiar mis penas, me atendió en su casa, se apenó junto conmigo y a los pocos días me llevó a la consulta de un siquiatra, palabra temida en aquellos tiempos.

Al doctor no le fue difícil el diagnóstico: agotado por el esfuerzo académico, el insomnio, la depresión. No quedaba otra decisión que el ingreso, adonde habían estado internados dos compañeros de nuestro grupo, una de ellas una compañera muy inteligente.

A los tres meses me dieron el alta, regresé al grupo casi finalizando el curso y, lógicamente, sin haberlo podido concluir.

Frente a la casa de estudiantes del politécnico había unas aulas y laboratorios que, por curiosidad, me acerqué a ellos y resultó que pertenecían a un instituto de ingenieros de Aviación, cuestión que llenaba todas mis expectativas de estudios. Hice algunas gestiones para ingresar y la respuesta resultó positiva.

En junio de 1962 se le brindó la posibilidad al grupo de viajar a Cuba de vacaciones y salir en distintas embarcaciones; formé parte de los últimos diez estudiantes, pero no podía realizarse en barco. Se llamó a la embajada cubana en Moscú y logramos viajar en avión; fue la primera vez que visité la capital soviética, una ciudad maravillosa.

Todo fue felicidad en Cuba. En esos días conocí a una maestra de ruso en la escuela de idiomas Máximo Gorki, y me invitaron a una actividad que había en el teatro de la escuela para que les sirviera de traductor a los alumnos que iban a comenzar el curso. Realmente casi no sabía ruso y ellos subieron al escenario y me llevaron adonde intervenían unos soviéticos y casi no comprendía lo que decían, pero vi que en las manos tenían unos álbumes y libros y dije que ellos querían obsequiarlos a la escuela y agregué cosas de la fraternidad, me aplaudieron, ellos no sabían español y el auditorio no conocía el ruso. Quedé casi bien, menos conmigo mismo.

Al salir del teatro de la antigua Universidad de Villanueva, en la Quinta Avenida de Miraflores, vi a una

alumna muy bonita, de pelo muy negro, largo, de ojos azules, jovencita, le dije algo impersonal, pero no piropos; le pregunté su nombre: Anita. Pensé en volver a verla, pero como iba a permanecer poco tiempo, desistí.

El acto central por el 26 de Julio se celebraría en Santiago de Cuba; fui a la terminal de ómnibus y me puse en la fila de los pasajes; al lado estaba otra cola para Cienfuegos. Me dio un vuelco el corazón: allí estaba Anita, aquí si le dije piropos, le «fajé», parece que no le cayó mal, quedó en darme respuesta al regreso del viaje y me dio la dirección de su albergue.

Llegué a Santiago de Cuba, sostuve un encuentro muy feliz con mamá Angelita, mis hermanas adoptivas, tía Carmela y la familia. Estuve en el acto en que habló Fidel; fui por la parte de atrás de la tribuna al terminar la actividad; quise saludar al Che que conversaba con unos compañeros. No me atreví; fue la última vez que lo vi.

Entre los invitados de otros países al acto había una guatemalteca mayor, me acerqué a conocerla y abrazarla; era la mamá del Patojo, quien había caído peleando en las montañas de Guatemala; conversamos y hablamos de él, quedó en ambos una fraternal simpatía.

De regreso a La Habana fui al albergue de Anita al lado del mar; había sido la residencia de un ricachón, y en el murito de la casa me dio el sí, y fue el primer y único beso antes de regresar a la URSS. La muchachita había cumplido en abril quince años.

Al retornar a Kiev, como alumno del Instituto de Ingenieros de Aviación, me mudé y comencé el curso más

fácilmente; era un centro de mucho nivel científico y reconocido internacionalmente, con estudiantes de otros países. En septiembre de 1962 llegó un nuevo grupo de estudiantes cubanos; tres de ellos me pidieron conocer cómo había ingresado en ese instituto, se lo expliqué y entonces fuimos cuatro los «clandestinos», pues no estábamos autorizados oficialmente. Con posterioridad se integrarían cuatro estudiantes más llegados a Kiev por distintas vías. Hasta la década de los setentas seríamos ocho compañeros, muy unidos y solidarios.

Al concluir los estudios, siete escogeríamos como lugar de trabajo las Fuerzas Armadas Revolucionarias y perteneceríamos a la misma unidad que lleva el nombre de Yuri Gagarin. Todos llegaríamos a ostentar grados de primeros oficiales.

En abril de 1963, Fidel, invitado por Nikita Kruchov, recorrió casi todas las repúblicas soviéticas, en ellas el recibimiento fue apoteósico. El 20 de mayo llegó a la ciudad de Kiev; a los estudiantes cubanos nos llevaron al aeropuerto para participar en el recibimiento, pero estaríamos un poco alejados de él, lo cual no resultó muy agradable. No me consta, pero se comentó que Korda, el fotógrafo cubano, aconsejó acercarnos por nuestra cuenta a Fidel, lo cual hicimos. Los dirigentes ucranianos quedaron asombrados al ver aquel tumulto de jóvenes correr hacia Fidel; la seguridad soviética quedó sorprendida y molesta, trataron de detenernos, no les fue posible. Fidel estaba contento, tuve la suerte de llegar hasta su lado. Tenía la barba de año y medio que me había dejado crecer, me reconoció, me preguntó qué hacía allí, le expliqué, me puso

la mano en el hombro y levemente lo apretó; afortunadamente hay fotos del encuentro personal, pero no pudo hablar casi nada con nosotros.

Fidel pidió reunirse con los estudiantes cubanos, nos llevaron al salón de reuniones del Presidium Supremo de Ucrania y se reunió solo con nosotros. Sus palabras fueron cordiales, exhortándonos a estudiar bien para ser el sostén del desarrollo técnico y científico de la Revolución.

El curso continuó normalmente, era el primer año de la carrera. Las cartas con Anita fluían mensualmente por ambas partes. Nada más nos habíamos visto tres veces.

Salimos para Cuba en las vacaciones de 1963 por supuesto, fui a ver a Anita al albergue, coincidió con la visita de su hermana Alicia y llegamos a la conclusión de que lo más aconsejable era casarnos; con esa idea ella viajó a Santa Clara, donde vivía la hermana, y planificamos mejor, ella solo tenía 16 años; el papá era español, campesino y muy estricto. Posteriormente ellas viajaron al central azucarero Pepito Tey, antiguo Soledad en Cienfuegos, donde vivía. Viajé al otro día y ceremoniosamente pedí su mano, bueno no solo su mano, con vista a que ella, previas gestiones, pudiera viajar a la URSS.

Sus padres eran gente muy noble, de conceptos muy honestos y revolucionarios.

La boda se efectuó en el pueblo de Cumanayagua el 19 de agosto de ese año.

La luna de miel la pasamos en Guamá, cerca de Playa Girón y en el hotel Capri en La Habana. Rápido

tuvo que volver a la escuela y yo también debí regresar a Kiev, pero antes fui a ver a Haydée Santamaría, a quien había conocido en la Sierra, para ver si me podía ayudar y llevarme a Anita a estudiar. Allí mismo ella llamó al funcionario del Ministerio de Educación con el fin de materializar la solución.

Pasó el tiempo, y el 2 de diciembre recibí una carta de Ana que informaba que le habían asignado una plaza en un grupo que estudiaría en Moscú como traductora de Ruso. Viajé a Riga, capital de Letonia a esperar la llegada del barco; me vi con Ana por instantes, pude robarle un beso, porque inmediatamente siguieron en tren para Moscú, hasta donde viajé; llamé al funcionario de La Habana con quien había hablado Haydée y le dije que mi compañera estaba en Moscú y me la llevaba para Kiev; él se puso de lo más contento pues no había hecho nada o se le había olvidado, y rápidamente me autorizó.

En Kiev había otras compañeras que estaban como esposas y estudiaban en el Instituto de Pedagogía. Gleb Nikolaevich, el decano de los estudiantes extranjeros de la universidad no estuvo de acuerdo con que fuera al Pedagógico y la admitió en la Facultad de Filología. Con el tiempo Ana sería la estudiante extranjera que se distinguiría en esa facultad en el idioma y la Literatura Rusa.

El 17 de noviembre de 1964 nació nuestro primer hijo, le pusimos Alejandro por el nombre de guerra de Fidel. Vivíamos en el cuartico de la casa de estudiantes de la universidad que nos había facilitado Gleb Nikolaevich.

El curso lectivo continuaba normalmente, yo estudiaba bastante, aprovechaba la última convocatoria de exámenes para sacar buenas notas.

La salud del niño no transcurría bien, enfermaba con frecuencia y los médicos aconsejaron el cambio de clima y plantearon la posibilidad de su envío a Cuba. En mayo viajamos a Moscú y al cuidado de una aeromoza de la línea aérea soviética Aeroflot, lo enviamos hacia La Habana. Lo esperaron sus abuelos maternos Avelino y Manuela. Cuando volvimos a verlo era un trinquete con muy buena salud.

En las vacaciones solo pudieron ir a Cuba las madres con hijos y los estudiantes que no habían viajado antes. Lamenté no haber podido ir una por no ver al niño y otra porque Raúl en el regreso de los vacacionistas, vino en el barco.

La salud también a mí me golpeaba, no asimilaba casi y los médicos insistieron en recesar un tiempo los estudios. Lo plantee al responsable de los estudiantes, casi no me hizo caso. Supe que el comandante Raúl llegaría a una estación del ferrocarril, como parte de su visita, y fui allí tratando de verlo, pero no fue necesario. Con él en la delegación viajaba Diocles Torralba, le hablé del problema y allí mismo, en el andén del tren, resolvió la situación con alguien de autoridad en la embajada.

En mi instituto me autorizaron, al igual en la universidad, pues Ana debía viajar conmigo. Para algunos yo iba “echando” de los estudios, el mismo Gleb Nikolaevich lo pensaba; en mi instituto la dirigencia y el grupito nuestro estaban convencidos de que yo sí regresaría.

Viajamos en diciembre, me atendí en el Hospital Neurológico del Vedado, con Raúl Valverde, el médico amigo, esposo de Sofía. Me puso muy buen tratamiento, vivíamos en el central con los suegros; allí los conocí mejor y los quise más ¡Qué gran gente! A veces trabajaba la tierra, otras íbamos con el niño a la playa Rancho Luna o a Cienfuegos.

Regresé a Kiev restablecido. Por consejo de Raúl, el médico y de Anita, debía ir a los exámenes con lo que supiera.

En el proceso eleccionario de la dirección de estudiantes cubanos en Kiev, me eligieron para el frente de solidaridad y como responsable del grupo del Instituto de Aviación.

En octubre de 1967 conocimos de la caída del Che a través del periódico L'Humanité, que traía fotos de él muerto. Fue muy duro. Decidimos realizar un acto en su memoria, buscamos una sala de un centro de estudios, que solo nuestro instituto brindó. Me designaron para decir las palabras en su memoria. Soy reacio a llorar a los compañeros caídos. Al Che lo lloré.

A finales de 1968 llegó a Kiev una comisión política para crear la Unión de Jóvenes Comunistas entre la delegación de los estudiantes cubanos de los distintos centros superiores.

La edad máxima para ingresar como militante de la UJC era de 28 años; ya yo tenía 33, me entrevistaron. Previa consulta, la comisión aprobó mi ingreso y en reunión con todos los militantes aprobados me eligieron secretario general de la UJC del Regional Kiev.

Como era natural, el trabajo político no era suave: los fines de semana íbamos a un comité de base distinto, me acompañaba a veces Anita, quien también formaba parte de la dirección. Lógicamente los estudios mantenían su curso.

En febrero de 1970 defendí la tesis, me aprobaron con cinco puntos. Allí mismo, en el lugar, me entregaron el sello de ingeniero de Aviación y el título de la especialidad de Mecánica con notas sobresalientes, el cual incluía el grado de Máster en Ciencias Técnicas. Me costó trabajo, pero qué alegría y agradecimiento a todos los que me brindaron sus enseñanzas y ayuda. A Anita, su apoyo fue primordial e invaluable.

A través de Leningrado dejamos la Unión Soviética un 22 de abril del 70, justo el día del centenario del natalicio de Vladimir Ilich Lenin y por la heroica ciudad que protagonizó el triunfo de la Revolución de Octubre.

LOS MÁS PRECIADOS TESOROS

A pie de obra en la defensa de la Revolución

En Cuba me presenté en el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Minfar) para mi futura ubicación. Por lo general a los estudiantes militares al terminar los estudios superiores los ascendían en grado. Si es soldado lo ascienden a teniente, yo como era primer teniente me correspondía a capitán. A mí me hicieron civil con ningún grado.

Así empecé mi trabajo en la base de reparaciones general de la Aviación. Todos los días iba con ropa de trabajador civil muy orgulloso y contento, allí trabajaban cuatro de nosotros, todos eran oficiales.

Comencé como ingeniero tecnólogo. Por no estar en el Registro de Cuadros del Minfar, presenté el documento firmado por el Comandante en Jefe, donde se reflejaba el grado de primer teniente y el hago constar de la Fuerza Aérea, entonces fui designado en Comisión de Servicios en el Ministerio de Industrias.

En septiembre de 1970, reconocieron mis grados de primer teniente, que en la unidad militar eran los más altos. No reclamé los de capitán, pues entendía que los de primer teniente de la Sierra estaban bien. No

dije nada, de todas formas ya al año y medio era subcapitán, a los tres mayor y a los cinco y medio teniente coronel, en reconocimiento a mi trabajo en esos años.

Al llegar un grupo de ingenieros militares graduados de la Academia Shukovki se formaron dos grupos de tecnólogos: uno para los aviones de combate y otro para los de transporte y agrícolas. Me designaron jefe del segundo. El trabajo de los primeros ingenieros de Aviación graduados en la URSS resultó vital para el desarrollo técnico de esta especialidad en Cuba.

En el caso de la Aviación militar existían problemas en la calidad de las reparaciones y en el año 1971 fui designado jefe del Control Técnico, o sea, de la garantía de la calidad en las reparaciones generales de la Aviación.

Los estudios en Kiev me sirvieron de mucho; era un trabajo que imponía exigencia, organización y receptividad; es decir, la conveniencia de escuchar las opiniones de los técnicos que no eran ingenieros, pero con una gran experiencia, antes de tomar cualquier decisión.

Allí confluían disímiles materias: mecánica, chapistería, electricidad, radio, automática, electrónica, hidráulica, armamento y otras tantas; muchas veces algunas decisiones frenaban el avance productivo por trabajos mal hechos, y había que discutir con los jefes, incluido el de la unidad militar, porque en la Aviación todos los trabajos se firman por el ejecutor y el controlador técnico y si este último no firma la tarea no es válida.

Por insistencia nuestra y con el apoyo de los asesores soviéticos se logró que el jefe de control téc-

nico, desde el punto de vista militar, se subordinara al jefe de la unidad, pero desde el punto de vista técnico al mando superior; de igual forma un avión reparado no podía realizar los vuelos de prueba sin la firma del jefe de control técnico.

En algunas oportunidades al departamento se le asignaron oficiales recién graduados con los cuales había que organizar una instrucción muy específica de la misión técnica de la especialidad.

En una ocasión llegó al grupo una muchachita muy dulce; cuando dijo su nombre recordé de inmediato que era la niñita que algunas veces yo había cargado en Santiago de Cuba, hija del heroico piloto caído en los días de Girón, capitán Orestes Acosta: Ada Acosta Alfonso, conocida por Adita, y que por su inteligencia, conocimiento y sentido de la responsabilidad resultó ser para el departamento muy buena adquisición; por ello durante varios años consecutivos y previo análisis de las comisiones de mandos superiores, ostentó la condición de oficial vanguardia de las FAR.

Al departamento se le subordinaba el laboratorio físico-químico que era de un gran apoyo al aseguramiento de la calidad, con un personal, todas compañeras muy capaces y con una gran disposición al trabajo y también agradables.

Formamos un buen colectivo, con gran sentido de la responsabilidad, fraternidad entre nosotros y, sin exagerar, mucha dedicación a la misión asignada.

Siete años dirigí ese personal, siempre recuerdo esos tiempos con un gran afecto, gente muy noble y con un gran espíritu de sacrificio.

Algunas veces cubrí el cargo de segundo ingeniero principal, lo cual alterné con el mío.

En el año 1974 viajé a la URSS, a la ciudad de Lviv (Ucrania) a un curso de tres meses como tecnólogo principal de la reparación capital de los aviones de combate MiG-21. Encabecé un grupo de varios técnicos de disímiles especialidades que recibimos la enseñanza en una base de reparaciones de ese tipo de aviones.

La fábrica era muy grande, la ciudad antigua de mucha belleza, no muy grande, con lugares de magnífica heroicidad durante la Gran Guerra Patria, con mujeres muy bellas. Buenas amistades quedaron allá y se alcanzaron buenos resultados en los estudios.

En 1979 ya en Cuba, recibí el nombramiento oficial de ingeniero principal de la base de reparaciones generales de la aviación, hoy Empresa Militar Industrial Yuri Gagarin.

Cuando me lo comunicaron, con mucha alegría y humildad recordé las palabras que Fidel me dijo en 1958, en plena Sierra Maestra, en La Jeringa, cuando a una pregunta suya, le dije que me había graduado de técnico de Aviación, y entonces con su proverbial optimismo aseguró: «Entonces tú eres el que va a arreglar nuestros aviones», y después lo relacioné con lo dicho por Abdelaziz Buteflika, el ya fallecido presidente de Argelia: «Fidel viaja al futuro, regresa y te lo cuenta».

Dentro de las responsabilidades asignadas atendía, además de las reparaciones de las aeronaves, el departamento de ingenieros tecnólogos, el de traductores,

el de dibujo y diseño técnico, protección e higiene del trabajo, el de mantenimiento general, que incluía talleres de mecánica general, calderas y compresores, las inversiones que eran de una magnitud considerable por sus respectivos montos financieros, y la atención al grupo de asesores soviéticos y su familia. También, era el primer sustituto del director de la empresa, razón por la que en varias ocasiones tuve que sustituirlo por vacaciones o estudios oficiales.

En 1983 viajé de nuevo a la URSS, a la ciudad de Jarkov, al frente de un grupo de directivos, para recibir asesoramiento en la dirección de reparación general de los aviones de combate MiG-23.

Se recibieron buenas enseñanzas en poco tiempo, y conocimos una ciudad muy hermosa. Un fin de semana aproveché y viajé a Kiev para encontrarme con Ale, mi hijo mayor, quien tenía 18 años y estaba cursando la preparación para piloto de aviación; se encontraba en Leningrado estudiando el idioma, después pasaría para la academia de Ucrania. Nos pusimos de acuerdo para vernos en la ciudad donde él nació, todo lo cual se pudo concretar. Un reencuentro que se mantiene fijo en mi mente.

En el cargo de ingeniero principal tuve la suerte de participar en el recibimiento de visitas de personas importantes, entre ellas, de los cosmonautas soviéticos, héroes de ese país, Valentina Tereskova, Yuri Romanenko y Shatalov, y el cosmonauta nuestro, general Arnaldo Tamayo.

Al ingresar a esta unidad militar de reparaciones a mi regreso a Cuba militaba en la Unión de Jóvenes

Comunistas; se me inició el proceso para el crecimiento al Partido Comunista de Cuba; el compañero Amorós jefe de la comisión, muy discretamente me preguntó si tenía la ciudadanía cubana, única vez que se me ha formulado esta pregunta. Le respondí que no, supe que el proceso continuó en otros organismos superiores de las FAR y el 17 de diciembre del 1970 se me otorgó la condición de militante del Partido Comunista de Cuba, aprobado por la Dirección Política de las FAR y en la resolución se plasma mi condición de extranjero y se señala guatemalteco. Para mí fue un sentido orgullo recibir esta condición.

En 1972 fui elegido secretario de la Comisión Adjunta a la Sección Política de la unidad, cargo en que fui reelecto en cuatro asambleas del partido.

Ocupé en varias ocasiones cargos de dirección de los núcleos del Partido. En 1975, a través de la Sección Política de la DAAFAR se me asignó la condición de fundador del Partido Comunista de Cuba.

Tuve también el privilegio de atender, junto a otros oficiales, en representación de las FAR, a las delegaciones de ejércitos amigos invitados a la celebración del aniversario 20 de la institución armada, en diciembre de 1976 y desfilar por la Plaza de la Revolución integrando el batallón del Ejército Rebelde en los aniversarios treinta y cuarenta.

Mis críos: semilla fecunda

Después de diez años con Ana Curbeira, mi primera esposa, las cosas no iban muy bien y nos separamos en 1973; tuvimos tres hijos. Al primogénito le pusimos

Alejandro[35] —por Fidel—, y las jimaguas una se llama Norma —por Celia— y Déborah —por Vilma.

Al divorciarme estuve un tiempo mariposeando —como se dice en Cuba—; hasta que en 1983 apareció una muchacha del barrio, muy bonita y agradable, Carmen. Sus padres, gente muy sencillas y nobles; de los tres guardo muy buenos recuerdos. De mi unión con Carmen nació nuestro hijo, Daniel —por René Ramos Latour. Estuvimos juntos diez años y nos separamos en 1993.

A pesar de las separaciones con ambas siempre las relaciones han fluido muy bien.

A mi hijo mayor le concedieron los Camilitos; al terminar le dieron una beca para estudiar aviación y se hizo piloto en Kremenchuk, Ucrania. Regresó a Cuba casado con una soviética, aunque él estaba destacado en Cienfuegos vivieron en mi casa, en La Habana; según conocí volaba bastante bien.

En una oportunidad había un vuelo —que no le correspondía a él, porque ese día venía a la casa, pero como siempre, todos los que empezamos alguna vez el pilotaje, queremos estar arriba del avión para aumentar conocimientos y horas de vuelo—, y salió de copiloto, en un helicóptero Mi-35.

Parece que hubo problemas en la señalización de altitud, porque ellos estimaban que estaban arriba, y se encontraban pegados a la tierra. Chocaron con un centro de acopio de noche, y dicen los campesinos que no pudieron acercarse hasta que no concluyeron

[35] Fallecido.

las explosiones. Volaban como guardia combativa, por tanto, artillado.

Para todos nosotros el llanto fue desgarrador, pero sentí el consuelo de los vecinos del barrio, de los compañeros y los viejos amigos de la Sierra, y agradecí la atención que recibí. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias asumieron todos los trámites funerales y sus restos se depositaron en el panteón de la institución con los honores militares correspondientes.

Por ironía de la vida, casi a la misma hora del entierro haría su entrada a la casa mi hijo recién nacido. Danielito ha sido como un bálsamo y, junto a mis dos hijas, en ellos me he refugiado.

MOMENTOS INOLVIDABLES

Fidel me recetó penicilina

Después del combate de El Salto, en diciembre de 1957, fui a ver al doctor Martínez Páez por las heridas que tenía, y como no era una lesión grande, el médico reservaba sus penicilinas y antibióticos para heridas grandes; entonces él me mandó unos polvitos.

Fidel pasó una noche y yo no estaba con mi tropa, porque como tenía fiebre, me encontraba en el campamento de Efigenio. Fidel pasó por la cocina y me vio la mano hinchada, me tocó, vio que tenía fiebre, y me dijo:

«¿Qué te puso Martínez Páez?»

«No, me puso unos polvitos». Y me dijo molesto:

«¡Dile que digo yo que te ponga penicilina!»

Una vez, les hice esa anécdota a Celia y a Haydée. Ellas comentaban sonrientes:

«Mira que Fidel es fresco, cómo va a mandar a Martínez Páez a que te ponga...».

Yo lógicamente fui a verlo al otro día:

«Doctor, dice Fidel que si usted cree que me pueda poner penicilina».

Así fue y en unos días se me bajó toda la inflamación y se me quitó todo. Son de las cosas que le agradezco a Fidel.

Cámbiale las botas a Guatemala

A los pocos días del combate de El Salto, tenía los pies que no podía ni caminar. Habían traído al campamento unas botas nuevas, y un campesino —recuerdo que usaba un pañuelo rojo en el cuello— las estaba repartiendo. Me dirijo a él:

«Mira como tengo los pies llenos de ampollas para que me cambies los zapatos estos». Respondió:

«No, estas botas están nuevas», y el tipo no me las quiso cambiar.

Entonces venía Fidel caminando y le dije: «Comandante, mire, tengo los pies...», le explico, más o menos, y «fulano de tal no me quiere cambiar las botas». Fidel me tiró el brazo por arriba, me llevó a donde estaba el responsable y le indicó:

«Cámbiale las botas a Guatemala». Son de las cosas personales, e inolvidables.

Coge tabacos, pero no se los des a nadie

Un día, ante la escasez de cigarros, el jefe del pelotón, Rafael Castro, pidió que todo guerrillero que tuviera cigarros los entregara para repartirlos a partes iguales. Yo tenía suaves y fuertes, y los entregué.

Luego conocí que, en el juicio que le celebraron por los errores cometidos en el combate de Veguitas, había trascendido lo de los cigarros y su distribución. Resultó que Rafael le había dado los cigarros sua-

ves a su esposa —que viajaba siempre junto a él— y no los había repartido equitativamente al resto de los combatientes. A todas luces, Fidel conoció de ese hecho por lo que aconteció con posterioridad.

Días después, el jefe rebelde se encontraba sentado en el bohío de Jacinto Peñate. Fidel organizaba sus tabacos en una pequeña caja y me dijo:

«Guatemala coge tabacos». Tomé uno y él insistió: «Coge más». Me obligó a quedarme con cinco, pero me advirtió, como para que no volviera a repetir lo que había hecho antes: «No se los des a nadie».

Resultó que Paquito Cabrera González —quien conoció de los tabacos que yo poseía— me pidió uno, pero fui fiel a la indicación de Fidel: mantuve los tabacos dentro de un nailon y me los fui fumando poco a poco.

Me agradó el gesto del Comandante, pero pasado el tiempo lo valoro en toda su magnitud, el tabaco era muy preciado por él, y Fidel fumaba mucho y los guardaba con mucho celo, pero regalar cinco, no cabe dudas que aquel gesto llevaba algo de fraternidad y aprecio.

«[…] tú eres el que vas a arreglar nuestros aviones»

Después del combate de Veguitas, el 16 de enero de 1958, a fines de ese mes Fidel se encontraba en La Jeringa.

Fidel me tiró el brazo por encima y comenzó a caminar conmigo, de un lado a otro como él acostumbraba. Me dijo:

«Guatemala por poco te matan», refiriéndose a la emboscada del ejército en que caímos después del mencionado combate.

A esto le siguió una andanada de preguntas: «¿Cómo llegaste a Cuba?»

«¿Qué estudiaste?» …

Le expliqué las razones de mi llegada a la Isla, mis estudios en Ceiba del Agua, en la escuela de Artes y Oficios y en la de Aviación en San Julián.

Al decirle de mis estudios en aviación se paró de inmediato, se viró hacia mí y con una gran seguridad me dijo:

«Ah, pero entonces tú eres el que vas a arreglar nuestros aviones».

Miré mi fusilito alemán que yo tenía portado en ese momento, dicho sea de paso, era uno de los mejores del pelotón, y yo decía que era de la Primera Guerra Mundial; luego vi, en el Museo de la Revolución, que fue usado por los mambises.

Rápido contesté a Fidel:

«Sí, sí», contagiado con su inherente optimismo.

Al final, el vaticinio de él se cumplió: me hice ingeniero en Aviación y estuve muchos años en una empresa militar vinculado a la reparación general de todo tipo de aeronaves, llegando a hacer el ingeniero principal de dicha empresa.

Ché: "Guatemala", ve y dile a Raúl que yo estoy aquí.

Transcurría el mes de julio de 1960, me encontraba en La Habana en las gestiones habituales cuando venía de Santiago de Cuba; en uno de esos días el comandante Raúl había expresado en una intervención que alguna gente en los actos públicos en que hablaba Fidel se per-

sonaban en la tribuna sin que debieran estar y que a partir de ese día nadie podía entrar a la tribuna después que el máximo líder iniciara su intervención.

Bueno, muy humildemente me sentí aludido; yo era uno de los que me «colaba» en la tribuna cada vez que podía.

En esos días se celebraba en Cuba el Congreso Latinoamericano de Juventudes y se había anunciado que el sábado 6 de agosto se celebraría su clausura en un acto en los terrenos del estadio del Cerro. A esos fines se había construido una tribuna provisional en el terreno y al frente, al lado del pueblo, una plataforma donde estarían los delegados al Congreso.

Con pena, lo reconozco, me acerqué por detrás de la tribuna en espera de un chance para colarme.

Junto a los estudiantes delegados estaban Raúl y Vilma.

En la pequeña escalerita que daba acceso a la tribuna estaba el capitán Juanito Escalona, ayudante personal de Raúl, no se movía, y yo me mantenía cerca de la escalerita, pero no había forma de acceder a la tribuna.

Fidel comenzó a hablar, a los pocos momentos apareció el Che y antes de que él llegara a la escalerita, Juanito, con mucho respeto le dijo: «Comandante me da mucha pena pero tengo órdenes del comandante Raúl de que después que Fidel empiece a hablar nadie puede entrar». El Che no dijo nada, miró a los lados, me vio y me dijo “Guatemala, ve y dile a Raúl que yo estoy aquí”.

Me dirigí rápido hacia donde estaba el comandante Raúl; el espacio entre la tribuna y la plataforma en la

que se encontraba con los delegados eran unos cuantos metros, pero para llegar tenía que atravesar una fila de milicianos que de espaldas a la tribuna cuidaban el acceso; al acercarme a la fila solicité: "permiso", dos de ellos se viraron para concederme paso ¡y cosas de la vida!: uno de ellos era el instructor al que yo le había planteado diez años antes que no era correcto que yo jurara como extranjero la bandera cubana en los términos que se exponía y me llevó tenso cada vez que pudo. Esta vez yo vestía el uniforme de oficial rebelde, con un grado militar, y había expuesto mi vida por la bandera cubana y su tierra; en aquel breve tiempo, me reconoció, me saludó efusivo, hubiera querido quedarme para regodearme un poco, pero la orden del Che era perentoria, solo pude responder el saludo y continué rápido. Al llegar frente al comandante Raúl le di el mensaje del Che; él se sonrió, se paró y con la mano le indicó al Che que viniera y se sentara al lado de él. El Che vino hacia la plataforma y llegó serio. Raúl, sonriendo, le dijo "Para qué llegaste tarde" y el Che, aún serio, le contestó: "Para que me mandaste a comer con los coreanos". Raúl le tiró el brazo por el hombro y lo sentó a su lado.

Yo estaba impresionado, orgulloso. ¡Que lección de disciplina y respeto entre compañeros! El Che, a pesar de sus grandes méritos, prestigio y grado de comandante, no reclamó ni hizo ningún gesto que pudiera menoscabar la autoridad de un capitán que cumplía órdenes superiores, y Raúl, a pesar de ser el Che, a quien admiraba y respetaba, no violó la orden impartida por él, y prefirió llamarlo a su lado. En mi interior,

sentía pena conmigo porque había querido colarme a la tribuna a pesar de existir una orden al respecto.

Fidel estaba enardecido en su discurso, pero parece ser que la emoción por la trascendencia histórica de lo que daría a conocer al pueblo de Cuba y al mundo, además de una salud resquebrajada por esos días, le provocó la pérdida temporal de la voz. La gente, preocupada, empezó a exclamar que descansara y pedirle a Raúl que prosiguiera.

Recuerdo que cuando íbamos a atacar el cuartel del central Calicito, el 24 de diciembre de 1957 y una fuerza enemiga había chocado con la retaguardia al mando de Efigenio, se oía el tronar de las ametralladoras y los fusiles, y se veían las balas trazadoras sin que se conociera la magnitud de la fuerza enemiga. En aquellas circunstancias vi a Raúl ecuánime, tranquilo, ordenar nos tendiéramos en tierra, formando una media luna para combatir en caso de un ataque más a fondo del enemigo.

Sin embargo, en aquellos momentos, en el estadio del Cerro, aprecié a Raúl preocupado, él sabía el alcance y la importancia de esa parte del discurso que Fidel debía pronunciar, la gente seguía insistiendo, a viva voz, que Fidel descansara y reclamaba a Raúl. Él se levantó y le dijo al Che: “Vamos” y los dos fueron hacia la tribuna, se acercó al micrófono y con voz decidida y emocionada exclamó: “Se ha ido una voz, pero allí está él y estará” y le pidió al pueblo tranquilidad y paciencia para esperar que le volviera la voz a Fidel; él conocía lo que habría de dar a conocer con el documento histórico que se leería esa noche y resultó una gran muestra

de fidelidad revolucionaria y filial. El pueblo pedía que Raúl continuara la exposición, sin embargo, no permitió que la gloria histórica no la expusiera otro que no fuera Fidel, y tan pronto le volvió la voz, inicialmente con calma y después con la lógica emoción fue anunciando la nacionalización de todas las propiedades usurpadas por Estados Unidos y que pasaban a propiedad del pueblo cubano.

Para hacer más emotivo e inolvidable aquel histórico día, cuando Fidel anunció la nacionalización de la United Fruit Company —compañía norteamericana que lideró la lucha contrarrevolucionaria que derrocó al gobierno democrático de Jacobo Arbenz en Guatemala— él, que se encontraba en la tribuna, se levantó y abrazó a Fidel; entonces los aplausos se hicieron más intensos.

Fue el colofón para mí: percibí con emoción que era el abrazo indisoluble entre los pueblos de Guatemala y Cuba en medio de aquel mar humano. Me sentí más orgulloso de ser hijo de ambas naciones hermanas.

EPÍLOGO

En la postrimería de mi vida

En 1990, con 57 años, me jubilé del servicio activo en las FAR; estaba pasado de edad, pero continué trabajando en la empresa cinco años más como trabajador civil; es decir, acumulé 38 años en la institución armada.

Inicialmente continué militando en el partido de la empresa, pero a los tres años tuve que trasladarme para el núcleo de mi zona, donde pasado dos años me eligieron secretario general del núcleo zonal del PCC No. 25-A de Playa, cargo para el que he sido electo en sucesivas asambleas de balance hasta 2021. El trabajo del partido en los núcleos zonales es muy importante e interesante, porque debes enfrentarte a problemas que golpean al ciudadano común y además utilizar fundamentalmente el recurso ideológico para enfrentarlos, que muchas veces son creados por elementos externos e incluso internos.

La militancia de estos núcleos es alta en años de edad, con una rica experiencia y casi todos con el viejo espíritu de sacrificio y la innata solidaridad.

En 1994 recibí de mi hermana mayor de Guatemala la comunicación de que Marta —hermana menor residente

en Cuba— y yo podíamos viajar a la tierra; Marta pudo hacerlo de inmediato; yo demoré tres años. En marzo de 1997 viajó conmigo Danielito, que entonces tenía nueve años, previa autorización de su mamá.

Hizo treinta y ocho años que no veía mi país, no reconocía la capital, se acababan de firmar los acuerdos de paz después de una guerra que duró treinta y seis años, en la que Guatemala perdió más de doscientos mil de sus mejores hijos.

Volví a Guatemala en 1999, 2003 y 2006, con el auspicio de los viajes por otros familiares y amistades; en dos de ellos me entrevistaron por la prensa, cuestión que aproveché para esclarecer conceptos sobre la Revolución Cubana.

En el 2015, en una reunión de la Unión de Guatemaltecos Residentes en Cuba fui elegido presidente de dicha agrupación; en mayo de 2016 los guatemaltecos Alicia Estrada y Felipe López, integrantes de una delegación de la Universidad Estatal Northridge de Los Ángeles, que visitaban Cuba, se interesaron por conocer la vida de los guatemaltecos en la Isla, y mi participación en la Revolución Cubana; posteriormente con el aval del decano de la Facultad Chicana de esa universidad se hicieron las gestiones para que yo viajara a Los Ángeles e impartiera conferencias sobre Cuba y su Revolución en esa universidad, lo cual realicé en diciembre del 2016. Estas conferencias se extendieron, y se impartieron también en otras universidades de esa misma ciudad. Al final me otorgaron diplomas y certificaciones.

Uno de los viajes a Guatemala fue a través de Honestina, una prima hermana que nos queremos como

hermanos desde que éramos niños, y de Betty, una de sus hijas, conocí a dos de sus nietas: Mayarí y Elizabeth; me han brindado su fraternal cariño y han posibilitado que yo viajara en los años sucesivos de 2017 a 2019. Todas ellas son mi familia en Guatemala.

Trato de ir en Semana Santa, no por razón religiosa, no tengo creencias de esa índole, sino porque en esa conmemoración en mi país sobresalen toda una serie de virtudes y de su arte.

En la ciudad de la Antigua Guatemala, vuelvo a sentirme como un niño, tomado de la mano de mis padres, acompañando a las procesiones. Uno no conoce, admira y quiere tanto a su pueblo, sino cuando pasa mucho tiempo lejos del país donde nació.

En estos últimos viajes, estudiantes de la escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Estatal de San Carlos de Guatemala se me acercaron para concertar conversatorios sobre Cuba y su Revolución, lo cual realicé con buenos resultados.

He tenido la agradable satisfacción también, en estos últimos años, de ser invitado por algunas instituciones, empresas y unidades militares de Cuba para participar con ellos con este mismo fin.

Mi hermana menor, Marta, octogenaria, ha creado su hogar y vive en Cuba; mis hijos han hecho su vida, las niñas terminaron la universidad, Déborah, licenciada en Derecho, Norma, en Contabilidad y Finanzas, Daniel cursa la especialidad de Mecánica, después de graduarse como técnico en Transporte Automotor y como técnico de Aviación, y me han dado cuatro nietos: Sofía, Alejandro, Alma y Mario Matías. Si fuera religioso

diría: a pesar de los duros golpes, doy gracias al Señor, pero se las doy a la Revolución Cubana, que junto con ellos son la razón de ser de mi vida.

Guatemala y Cuba: mis dos patrias

Guatemala es la tierra donde nací, mi patria, mi país al que quiero entrañablemente y en donde transcurrió mi niñez y parte de mi adolescencia, tiempo del que guardo gratos y preciados recuerdos.

Cada vez que viajo a Guatemala percibo aún más la belleza de sus paisajes, la nobleza y valentía de nuestra gente, siento una gran admiración y afecto por nuestra raza, el indígena, discriminado ayer y aún discriminado hoy, pero que empieza a despertar y que hará realidad, no cabe duda, el sueño que Martí expresó cuando vivió entre nosotros en la década de los setentas del siglo XIX: «El indio es hoy la rémora, mañana la gran masa que impelerá la juvenil nación».

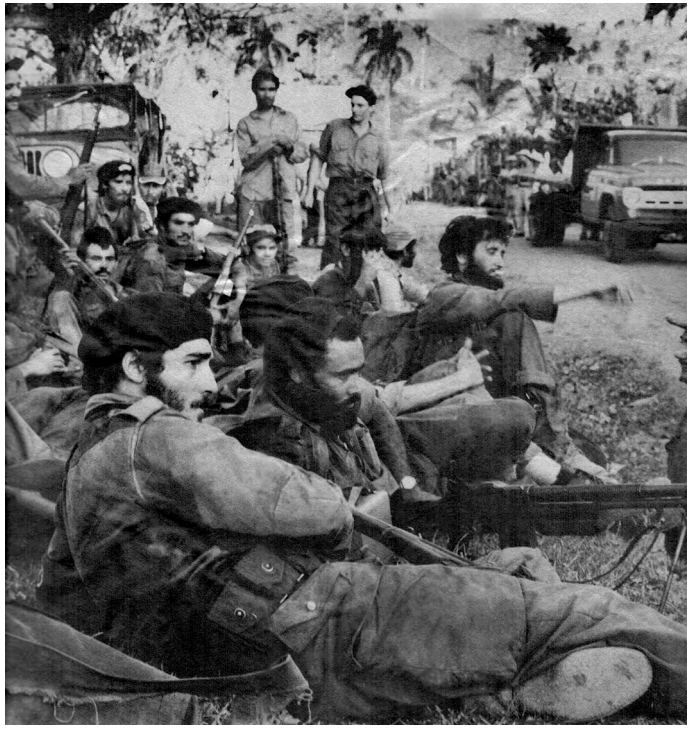
¿De Cuba, qué puedo decir? He vivido en esta hermosa tierra más de setenta años; al principio me costó adaptarme a sus costumbres, pero no fue por mucho tiempo, logré hacerlo y sin darme cuenta hoy hablo con acento cubano y mi idiosincrasia tiene mucho de Cuba.

Mi corazón, está de más decirlo, está lleno de cariño y agradecimiento a este digno y noble pueblo, que ha peleado durante muchos años por su libertad y soberanía y contra enemigos muy poderosos, y que es admiración por su actual Revolución que es orgullo y grandeza de América y el Mundo.

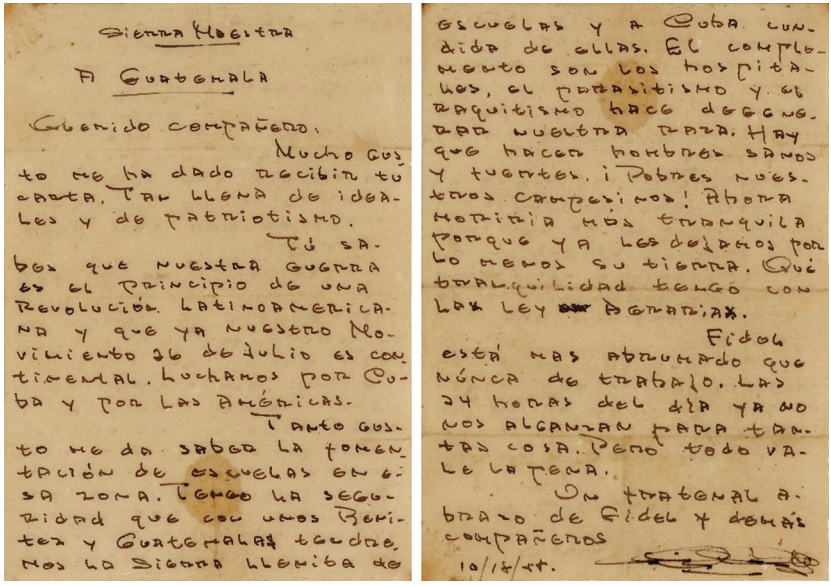
Cuba es como si fuera igual mi patria, a la que quiero también entrañablemente. Realmente no hago distinción del cariño entre Guatemala y Cuba. Son mis dos patrias.

TESTIMONIO GRÁFICO

Mapa de la zona que abarcó el Primer Frente José Martí.



El pelotón dirigido por Francisco Paco Cabrera Pupo. Al fondo Guatemala con una escarapela en la boina. Marzo de 1958.



Sierra Maestra

A Guatemala

Querido compañero:

Mucho gusto me ha dado recibir tu carta, tan llena de ideales y de patriotismo.

Tú sabes que nuestra guerra es el principio de una Revolución Latinoamericana y que ya nuestro Movimiento 26 de Julio es continental. Luchamos por Cuba y por las Américas.

Tanto gusto me da saber la fomentación de escuelas en esa zona. Tengo la seguridad que con unos Benitez y Guatemalas tendrán, pues la Sierra llenita de escuelas y a Cuba cundida de ellas. El complemento son los hospitales, el parasitismo y el raquitismo hacen desconocer nuestra raza. Hay que hacer hombres sanos y fuertes. ¡Pobres nuestros campesinos! Ahora moriría más tranquila porque ya los dejamos por lo menos su tierra. Qué tranquilidad tengo con la ley de Granjas.

Fidel está más abrumado que nunca de trabajo. Las 24 horas del día ya no nos alcanzan para tanta cosa. Pero todo vale la pena.

Un fraternal abrazo de Fidel y demás compañeros

10/18/57.

Carta de Celia Sánchez Manduley.

A fines de la guerra de liberación.

En los días finales de la guerra liberadora.

En los primeros días del triunfo revolucionario.

En la escolta de Fidel en la entrada a Caracas.

Durante el almuerzo ofrecido a Fidel por el Presidente venezolano.

Durante el discurso del máximo líder el día de su llegada a Venezuela.

HAGO SABER:-

Que el portador de la presente, PRIMER -- TENIENTE: MARIO AUGUSTO CARRANZA RIVERA,- natural de Mazatenango, República de Guatemala, es miembro de esta Fuerza Aérea - del Ejército de Cuba, perteneciente al Escuadrón Jefatura de esta FAER, y el cual militó durante 16 meses en la Columna # 1 -- "José Martí", al mando del Comandante en - Jefe del Ejército Rebelde Dr. Fidel Castro Rus y a las ordenes directas del Comandante Francisco Cabrera Pupo, en la lucha por la libertad de Cuba.----------

---------- para que así pueda hacerlo constar y a los efectos procedentes, se expide la presente en la Jefatura de la Fuerza Aérea del Ejército Rebelde, Campo "Tte. Brihuega", Ciudad Libertad, a los nueve días del mes de Marzo de mil novecientos cincuenta y nueve. "AÑO DE LA LIBERTAD".----------

"LIBERTAD O MUERTE"

PEDRO L. DIAZ

Vto.Bo.

Dr. Fidel Castro Rus.
Primer Ministro del Gobierno de la Rep. de Cuba.

Hago constar firmado por Fidel.

Guatemalteco de Sierra Maestra Habla de la Revolución Cuba

GUATEMALA.

el ESPECTADOR

DIARIO DEL MEDIODIA

DIRECTOR: Héctor Quiñones G.

Correspondencia de Segunda Clase. — Registro Nº 981. — 10 de Septiembre de 1953.
OFICINAS: 10ª Calle, 8-50, Zona 1. Teléfono: 5065

Miembro de la S.I.P.

EPOCA VI Guatemala, lunes 30 de marzo de 1959 Nº

Guatemalteco de la Sierra Maestra Habla de la Revolución de Cuba

—*—

Estudiaba en el Instituto técnico de Ceiba de Agua desde 1949. El único guatemalteco que empuñó las armas contra dictadura de Batista

Por KAIBIL

De entre el tumulto de pasajeros que descendían del avión, destacábamos unas enormes barbas, una cabellera casi blonda y un uniforme verde olivo.

Nos acercamos a la figura, exótica para el medio, y verificamos que se trata de un teniente del ejército rebelde cubano, que derribara a Batista e iniciara el movimiento revolucionario más importante de las últimas tiempos.

Es el mazateco Mario Cerezanza Ruiz, que representó a Guatemala en la cruenta lucha de Sierra Maestra.

—¿Y que hacía usted en Cuba?

—En noviembre del 49, obtuve una beca del gobierno de Cuba de ese entonces. El del doctor Arévalo, lo me dió todas las facilidades.

—¿Y estudió?

—En el Instituto técnico de Ceiba del Agua; luego la escuela superior de Artes y Oficios y por último en la escuela de aviación.

—¿Y lo del "26 de Julio"?

—Busqué contacto con ellos en cuanto supe el desembarco; y admitido, me fui a la Sierra.

—¿Se le pidió que renunciara a su ciudadanía guatemalteca?

—En absoluto. Pero incluso si esa hubiera sido condición para luchar por la revolución, lo hubiera hecho, porque ser revolucionario, es ser patriota, es decir, la lucha contra los opresores es universal. Pero ahora que triunfamos si se me pidiera escoger entre continuar en el movimiento y Guatemala...

—¿Sí?

—Que me quedo con Guatemala, porque ya el pueblo cubano logró su libertad, como la había logrado mi patria en el 44.

—¿Habían más guatemaltecos en el ejército rebelde?

—Ningún otro. Pero sí algunos como el "Che" Guevara que vivió aquí, durante nuestra revolución y con quien hablábamos mucho de lo ocurrido hasta junio del 54 cuando él supo exiliado para México.

—¿Y qué decían de la revolución guatemalteca?

—Que está simplemente estancada, pero que habrá de triunfar, porque los pueblos caminan para adelante...

—¿Y ese escudo nacional de Guatemala en el hombro?

—Manos cariñosas lo bordaron en Santiago, para que se supiera mi origen.

—¿Las cubanas acciones participó?

—En muchas de comando y en combates abiertos, al final de la lucha.

—¿Fué herido?

—Sí. En un muslo. Tuve suerte. Unas cuantas semanas de dracso en hospital de campaña y sanda más

—¿Cuál es su mejor experiencia de la campaña?

—Lo que más me impresionó fué la disciplina, y cómo el castigo más duro que recibía el soldado rebelde, tra ser desarmado por algún tiempo, sin poder participar en la lucha. Lo sentían como una indignidad.

—¿Y qué falta originaba este castigo?

—Por ejemplo, una de las faltas como más grave, la más leve falta de respeto a los prisioneros de guerra. Llegamos a tener en una ocasión, más de 600, incluso criminales y a todos se les respetó.

—Pero ahora se juzga a muchos de ellos.

—Y se les fusila, no como venganza, sino como justo castigo por sus crímenes.

—¿Como dejó la situación en Cuba?

—De lo mejor. La revolución se consolida. El pueblo la aprueba totalmente.

—¿Algún dato interesante?

—Que se está volviendo a lo nacional. Ahora se despreciaban los productos extranjeros, es decir que el pueblo recupera su auténtica nacionalidad en todos los órdenes.

—¿Y la reforma agraria?

—Se han confiscado y repartir algunas fincas del Estado. Cuando esté aprobada la ley, se romperá todo latifundio, para consolidar el principio económico y de justicia social de la revolución.

—¿Que lo debe ser de todas las revoluciones?

—Exactamente. De todas las revoluciones para ser tales.

BARBUDO CHAPIN.—A la derecha aparece la fotografía del único guatemalteco que peleó en la Sierra Maestra con el héroe, Fidel Castro. Su nombre es Mario Cerranza Ruiz, mazateco, amante de la libertad y quien vivió todas las angustias de la lucha cubana, cuando se enfrentaron valientemente a la tiranía de Fulgencio Batista.

Repercusión en la prensa guatemalteca.

Guatemala detrás de Raúl, Camilo y el expresidente guatemalteco Arebalo, durante la presentación de la segunda edición de la Geografía de Cuba.

A las puertas de una barbería en Caracas.

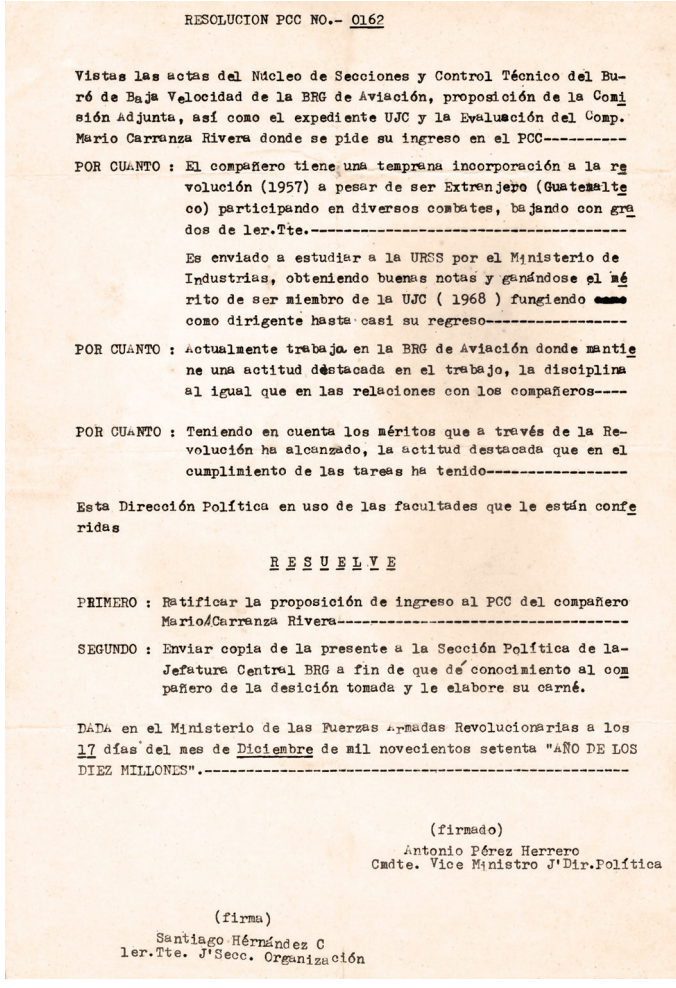
Designado como acompañante del expresidente guatemalteco Juan José Arévalo.

Junto al expresidente guatemalteco Jacobo Arbenz.

Durante una intervención de Fidel en 1962.

La llegada de Mario a la antigua URSS en 1961 para cursar estudios de Ingeniero de Aviación.

Encuentro con Fidel en el aeropuerto de Kiev.



RESOLUCION PCC NO.- 0162

Vistas las actas del Núcleo de Secciones y Control Técnico del Buró de Baja Velocidad de la BRG de Aviación, proposición de la Comisión Adjunta, así como el expediente UJC y la Evaluación del Comp. Mario Carranza Rivera donde se pide su ingreso en el PCC----------

POR CUANTO : El compañero tiene una temprana incorporación a la revolución (1957) a pesar de ser Extranjero (Guatemalteco) participando en diversos combates, bajando con grados de 1er.Tte.----------

Es enviado a estudiar a la URSS por el Ministerio de Industrias, obteniendo buenas notas y ganándose el mérito de ser miembro de la UJC (1968) fungiendo como dirigente hasta casi su regreso----------

POR CUANTO : Actualmente trabaja en la BRG de Aviación donde mantiene una actitud destacada en el trabajo, la disciplina al igual que en las relaciones con los compañeros----

POR CUANTO : Teniendo en cuenta los méritos que a través de la Revolución ha alcanzado, la actitud destacada que en el cumplimiento de las tareas ha tenido----------

Esta Dirección Política en uso de las facultades que le están conferidas

R E S U E L V E

PRIMERO : Ratificar la proposición de ingreso al PCC del compañero Mario Carranza Rivera----------

SEGUNDO : Enviar copia de la presente a la Sección Política de la Jefatura Central BRG a fin de que dé conocimiento al compañero de la desición tomada y le elabore su carné.

DADA en el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias a los 17 días del mes de Diciembre de mil novecientos setenta "AÑO DE LOS DIEZ MILLONES".----------

(firmado)
Antonio Pérez Herrero
Cmdte. Vice Ministro J'Dir.Política

(firma)
Santiago Hérnández C
1er.Tte. J'Secc. Organización

Resolución de la Dirección Política de las FAR.

Durante la ceremonia de ascenso a teniente coronel en 1976.

Integrante del Batallón del Ejército Rebelde en el desfile en la Plaza de la Revolución por el aniversario 30 de las FAR.

El cosmonauta Shatalov, en compañía de Mario, durante una visita a la Empresa Militar Industrial Yuri Gagarin.

Junto al cosmonauta soviético Yurievich Romanenko.

Mario con sus hijos.

INDICE

PRÓLOGO / 9
Lealtad y abrazo a cuántos hacen bien / 9

HIJO DE GUATEMALA Y CUBA / 13

NIÑEZ Y ADOLESCENCIA / 15
Raíces imborrables / 15
Viaje con escala / 21
Retorno definitivo / 24
La Tía fue también mi madre / 25

EL DESEO DE SERVIR A CUBA / 27
El primer escalón de revolucionario / 27
En marcha con el tercer refuerzo / 31
El primer encuentro con Fidel / 36

TESTIMONIO GRÁFICO / 39

EN LA FRAGUA DE LA LIBERTAD / 53
El Salto: bautismo de fuego/ 53
Rumbo a Calicito / 55
El ataque al cuartel de Veguitas / 56
El segundo ataque a Pino del Agua / 60
El ataque al cuartel de Estrada Palma / 64
En Cienaguilla / 67
Incursión a Manzanillo / 69
El ataque al cuartel de San Ramón / 70
Decomiso y traslado de reses / 74
Los combates de Casa de Piedras / 75
En las filas de la auditoría / 83
A las puertas de la victoria / 84

AL CALOR DEL TRIUNFO / 87
En la escolta de Fidel / 87

La primera visita a Guatemala / 94
En Venezuela para estudios de piloto / 101

LA VOLUNTAD ME HIZO INGENIERO / 105
Recuerdos del Patojo / 105
Escuela de aviación / 107
Acompañante de Juan José Arévalo / 107
Me hice piloto de «chiringas» en Santiago / 108
Con Jacobo Arbenz / 110
Ingeniero de aviación / 112

LOS MÁS PRECIADOS TESOROS / 125
A pie de obra en la defensa de la Revolución / 125
Mis críos: semilla fecunda / 130

MOMENTOS INOLVIDABLES / 133
Fidel me recetó penicilina / 133
Cámbiale las botas a Guatemala / 134
Coge tabacos, pero no se los des a nadie / 134
«[…] tú eres el que vas a arreglar nuestros aviones» / 135
Ché: "Guatemala", ve y dile a Raúl que yo estoy aquí. / 136

EPÍLOGO / 141
En la postrimería de mi vida / 141
Guatemala y Cuba: mis dos patrias / 144

TESTIMONIO GRÁFICO / 147